



**Dr. Miguel Ángel Mancera Espinosa**  
Jefe de Gobierno del Distrito Federal

**Lic. Rufino H. León Tovar**  
Secretario de Transporte y Vialidad

**Ing. Joel Ortega Cuevas**  
Director General del Sistema de Transporte Colectivo

**C. José Alfonso Suárez del Real y Aguilera**  
Subdirector General de Administración y Finanzas del STC

**Ing. Salomón Solay Zyman**  
Subdirector General de Operación STC

**M. en C. Óscar Leopoldo Díaz González Palomas**  
Subdirector General de Mantenimiento STC

**C. Ricardo Olayo Guadarrama**  
Director de Medios STC

**Lic. Gabriela Karem Loya Minero**  
Gerente de Atención al Usuario STC

**Lic. Denisse Mauries Vázquez**  
Coordinadora de Atención al Usuario STC

**Lic. Celia Patricia Josefina Pérez López**  
Responsable de Cultura STC

**Ing. Juan Romero Ángeles**  
Responsable de Ola Naranja STC

**Paloma Saiz Tejero**  
Directora de Para Leer en Libertad AC.

**Georgette López Tercero Caamaño**  
Sophie

*Para leer de boleto en el Metro  
Segunda temporada 2*

© **Cristina Pacheco, Luis Humberto Croswaite, Enrique González Rojo, Jorge F. Hernández, Gerardo de la Torre, Héctor de Mauleón, Elmer Mendoza, Óscar de Pablo, Adriana Malvido y Rosa Beltrán.**

Ésta es una publicación de la Secretaría de Transporte Público Metro, Sophie y Para Leer en Libertad A.C.

Compiladora: Paloma Saiz Tejero y Salvador Vázquez.  
Cuidado de la edición: Jorge Belarmino Fernández y Alicia Rodríguez.  
Diseño editorial y portada: Daniela Campero.

# **Para leer de boleto en el Metro**

(Segunda temporada 2)



## **PRESENTACIÓN**

**El Sistema de Transporte Colectivo Metro, Shopie y Para Leer en Libertad A.C.**, recuperan un programa cuyas bondades han sido reconocidas en otras partes del mundo.

**Para leer de boleto en el Metro** (segunda temporada 2) es antes que nada un esfuerzo por promover el acceso de las mayorías a la cultura escrita. Esta antología reúne trabajos de reconocidos autores de estilos variados. Hemos procurado contar con lecturas para todos los gustos: cuentos, poesías, historia y relatos.

La mayoría son textos breves para que en tu trayecto en el Metro puedas terminar de leer alguno o varios de ellos. Sus autores los escribieron esperando que los leyeras y disfrutaras. Todo lo que necesitas es separar las páginas, elegir una historia y hacer lo que millones y millones de personas han comprobado a lo largo de la historia: leer es placentero. Si te dicen que leer puede ser malo, que no es necesario, que sólo es aburrición, que no gastes tu tiempo en eso, no les creas, leer es divertido, alivianado, subversivo, genial. Causa placer, aventuras, adicción, sueños, desvaríos, viajes todo pagado y hasta emociones fuertes.

Este programa confía absolutamente en la buena voluntad y en la solidaridad entre los usuarios del Metro. Con el lema **“Tómalo, léelo y devuélvelo”**, te pedimos que lo leas en el trayecto y lo devuelvas antes de salir.



## ÍNDICE

### **CRISTINA PACHECO**

|                           |    |
|---------------------------|----|
| Tomasa .....              | 9  |
| El don de la lluvia ..... | 13 |

### **LUIS HUMBERTO CROSTHWAITE**

|                                             |    |
|---------------------------------------------|----|
| Plumita consentida, plumita de mi vida..... | 21 |
| Corriendo hacia el fuego.....               | 25 |

### **ENRIQUE GONZÁLEZ ROJO**

|                          |    |
|--------------------------|----|
| Selección de poemas..... | 35 |
|--------------------------|----|

### **JORGE F. HERNÁNDEZ**

|                                |    |
|--------------------------------|----|
| El terrorífico Mendiolea ..... | 51 |
|--------------------------------|----|

### **GERARDO DE LA TORRE**

|                             |    |
|-----------------------------|----|
| Esmeralda en el Metro ..... | 61 |
|-----------------------------|----|

### **HÉCTOR DE MAULEÓN**

|               |    |
|---------------|----|
| ¡Shazam!..... | 71 |
|---------------|----|

### **ELMER MENDOZA**

|                                 |    |
|---------------------------------|----|
| Restaurante de camioneros ..... | 79 |
| La conveniencia de sonreír..... | 86 |

### **ÓSCAR DE PABLO**

|                           |    |
|---------------------------|----|
| Selección de poemas ..... | 95 |
|---------------------------|----|

### **ADRIANA MALVIDO**

|                                      |     |
|--------------------------------------|-----|
| Conversación con las estrellas ..... | 107 |
|--------------------------------------|-----|

### **ROSA BELTRÁN**

|                              |     |
|------------------------------|-----|
| Teoría de la adaptación..... | 127 |
|------------------------------|-----|



## CRISTINA PACHECO

**Tomasa****1**

Tomasa es de Oaxaca. Chaparrita, morena, ancha de huesos, las cejas pobladas se juntan con el arranque de su cabellera, intensamente oscura. Los ojos y la boca tienen una expresión de asombro constante y dan a su rostro un aire infantil pese a que “ya’stoy grandi”. Tomasa ignora las inquietudes que causa en algunas mujeres el paso de los años. Concibe la existencia como un todo que empieza y acaba por voluntad divina. Absorta en cuanto ocurre a su alrededor, se interesa por todos y por todo, menos por su persona.

Hace nueve años su esposo la trajo a la capital. Viudo, con hijos grandes a los que Tomasa nunca ha visto, Anselmo la trata, más que como a una esposa, como a una huérfana que está a su cuidado. Él se ocupó de mostrarle el rum-

bo, de marcarle los puntos de referencia. “Fíjate bien: allí donde está ese edificio grandote das la vuelta a la derecha y luego te vas de filo hasta que encuentres la casa”; y también de enseñarle el español, que ella ha dominado con increíble facilidad. Una de las cosas que la fascina es ver cómo en su cabeza —que le parece un espacio tan pequeñito— han ido acumulándose nombres para designar nuevas cosas, lugares, personas. Esto la hace feliz, la divierte; pero lo que más le gusta en la vida es ir a la escuela donde todos los días, a las once de la mañana, vende la nieve que su esposo la enseñó a preparar.

## 2

En el patio de la escuela no hay árboles, ni juegos, ni la clásica tiendita. Seis aulas fueron construidas alrededor de esa plancha de concreto siempre azotada por ráfagas de viento. Un viento incontenible y feroz que se lleva las nubes, que arranca las hojas de los cuadernos y levanta las faldas de las niñas provocando, tal vez, las primeras inquietudes entre los Luises y los Jorges y los Eusebios que, a causa de esas visiones momentáneas, vuelven sus juegos más violentos.

Pegaditas a la pared, frente a los baños de los que emana un olor agrio, se colocan diaria-

mente las tres mujeres que van hasta la escuela para vender tostadas y taquitos de arroz: “Tortas no, porque el pan está caro y a los niños les gusta menos que la tortilla”. Allí se coloca Tomasa con su carrito llamado *La lucha*, y espera que salga al patio el profesor Pichardo para gritar — a falta de campana —: “Es hora del recreo”.

Entonces aparecen los niños, que de inmediato se dirigen al sitio donde están las vendedoras. *La lucha* los atrae más que nada. Llegan hasta allí entre empujones y gritos. Se asoman para ver “¿de qué traje hoy, eh?” y entonces, con su tono cantado, la nevera les dice: “De limón, de jamaica, de naranja, de piña: todos a tres pesitos”. Conforme va diciendo esas palabras siente cómo crece el apetito de los niños, su antojo de cosas dulces en el mundo árido y difícil de la colonia edificada sobre basureros y charcos de aguas negras.

### 3

De niña, Tomasa nunca fue a la escuela: “En el rancho no había, y en la mera Oaxaca tuve que trabajar desde ansinita”. Quizá por eso le gusta tanto ir diariamente al plantel donde las ventas son mínimas, pero en cambio cree mirarse a sí misma cuando niña. Ella no se molesta por los

cristales rotos de las ventanas, las puertas desvencijadas, los muros carcomidos por la sal, el mal olor que sale de los baños. Va a la escuela como a un lugar mágico.

En cuanto puede, Tomasa se acerca a los salones vacíos. Sin atreverse a entrar, desde el umbral, mira las hojas que los maestros colocan en la pared con símbolos o frases que deletrea orgullosa: “La ne-na tiene su na-na”. Más difícil le resultan las agrupaciones de números, apenas visibles sobre pizarrones desgastados.

Durante la media hora que dura el descanso, Tomasa se siente confundida entre los niños — hijos que no tuvo ni tendrá. Una suave amargura la inunda cuando en el patio reaparece el profesor Pichardo que entre palmadas grita: “Se terminó el recreo. A formarse y luego al salón”. Cuando el patio está ya completamente vacío, la nevera se despide de las otras vendedoras y más para sí misma que para ellas formula una promesa: “Ai nos vemos mañana”.

Despacito, sorteando baches, perros y maloras, la nevera camina, como siempre, en línea recta. El viento incontenible que arrastra por igual la basura y las nubes dispersa hacia todos los rumbos el aroma frutal de Tomasa: “De limón, de jamaica, de naranja, de piña: todos a tres pesitos...”.

## El don de la lluvia

*Para Miguel Ángel González,  
que lee junto a una siempreviva.*

Virginia pone el burro de planchar a la mitad del cuarto con techos de lámina. Hasta ella desciende la maraña de cables y cordones que transportan la luz desde la calle. Sobre su cabeza hay un foco desnudo. La sombra duplica sus movimientos, va y viene como ella sobre manteles y camisas. No son de su casa ni de su hombre: son ajenos. A veces Virginia aparta la mirada de su trabajo para observar a su hijo Anselmo. Sentado en el piso, juega con un carrito de plástico al que le faltan las ruedas.

—Carrito, ca-rri-to. Ora dilo tú, hijo —el niño la mira con atención pero no dice nada. ¿Por qué no quieres hablar? Fíjate, a tu edad, tu hermano Ceferino era un perico y a Susana no había quien la parara. ¿No me hablas, pues, pollito lindo?

Anselmo mueve la cabeza negativamente, ríe, muerde su juguete, ya húmedo de saliva.

—No te metas eso a la boca, cochino, feo, chambón, sinvergüenza. Si no hablas ya no te va a querer mamá —Anselmo sigue riendo. Sabe que el enojo de su madre es fingido. En el fondo de esas palabras el niño siente que hay un calor semejante al que se desprende del cuerpo de su madre, vasto, tibio, oscuro, contra el que Anselmo se acurruca todas las noches.

Virginia está contenta. Le gusta quedarse sola con su hijo menor y contarle sus cosas. Él nunca las repite. No puede hablar. “Y eso que le saqué el espanto, ya le puse sus tortillas calientes en el ombligo y hasta le unté sus partes con manteca buena y las hojas que me dio Reynalda.”

La sonrisa de felicidad que le provoca ver jugando a su hijo desaparece cuando oye un golpecito sobre el techo. Siguen otros y después muchos más, como un inmenso tamborileo sobre la casa. De un jalón desconecta la plancha. Corre hasta Anselmo y lo sube a la cama. Cubre la tele con un mantel de plástico. El niño rompe a llorar. Ella lo ignora. Va hasta la puerta y desde allí grita:

—Susana, pícale a descolgarme los manteles. ¿Dónde está Ceferino? Córrele, pregúntale dónde puso las velas porque de seguro se nos va la luz. —Una vecina pasa corriendo y Virginia le dice—: a ver cómo nos va, porque ora si ya se emperró otra vez el cielo.

Sin detenerse, la vecina responde con una carcajada nerviosa. Las gotas de lluvia se han convertido en granizo. La tierra se hace eco de los truenos, el aire azulea de relámpagos. Anselmo llora en la cama, inmovilizado por el miedo. Virginia no lo atiende: sólo observa los movimientos de Susana, que en su tarea compite con la rapidez de la lluvia.

—Susana, no arrastres los manteles. Ándale, mensa, date prisa. Yo no puedo salir: estoy caliente de la plancha. No vayan a darme riumas y entonces sí... Que no arrastres los manteles, ¿qué no entiendes, burra?

La niña vuelve, tambaleándose bajo el peso de las telas húmedas. Su madre las recibe en los brazos.

—Te dije que te apuraras, muchacha, ya toditito se mojó. Ahora a ver cómo demonios seco esto.

Susana no la escucha porque la lluvia, cada vez más fuerte, produce un ruido ensordecedor al caer sobre el techo de lámina. Madre e hija extienden los manteles blanquísimos sobre los muebles rotos, disparejos, de colores chillones oscurecidos por la mugre. De pronto las sobresalta un trueno más aterrador que los anteriores. Se persignan pero siguen extendiendo los manteles. El ajuar miserable queda bajo una ola blanca.

—¿Dónde están las camisas que puse a secar en el tendedero de Amalia? —pregunta la madre.

—No alcancé a traerlas. Están re'lejos —afirma Susana con voz temblorosa.

—Madre santísima, ¿no te digo? Nunca puedo fiarme de ustedes. A ver, ponte mi rebozo y acompáñame a buscarlas.

—Ya para qué: seguro que se empaparon. —Eso sí, pero ¿qué tal que se caigan los tendederos? ¿Qué tal si baja recio el agua? Fácil arrastra las camisas.

Madre e hija salen al camino lodoso. El agua ha borrado árboles y casas, pero no los gritos que llegan desde las construcciones a la orilla del cerro. Por las zanjas, recién abiertas para meter los primeros tubos del drenaje, corren ríos oscuros. Susana cae, incapaz de subir la cuesta resbaladiza que lleva hasta los tendederos de Amalia.

—Ahí espérame, no te muevas —le grita Virginia. La lluvia ahoga su voz, nubla su vista. Para seguir adelante la mujer avanza clavando las uñas en la tierra. Casi sonríe cuando al fin ve las ropas que han empezado a caer al lodo. Gracias Dios mío, gracias porque no dejaste que el agua se las llevara.

Virginia desciende con su carga hasta donde la espera su hija, temblorosa de miedo y

frío. No pueden continuar: se han deshecho los montones de tierra a la orilla del camino. Oyen un grito: “Se está cayendo el cerro de este lado, se está desbaratando”.

—¡Virgen mía: Anselmo está solo! Madre e hija, abrazadas, permanecen bajo el torrente hasta que poco a poco amaina. Entonces se apresuran rumbo a la casa. Desde la puerta las invade una fetidez intolerable: un río de aguas negras sale del improvisado cuarto de baño. La suciedad se arremolina, forma pequeños islotes junto a las patas de los muebles, amenaza la blancura de los manteles que poco a poco han ido sometiéndose a la forma de una silla, una mesa, el altero de periódicos sobre los que están extendidos.

Virginia descubre a Anselmo de pie junto a la cama. Con sus manitas se tapa la nariz. Al ver a su madre le dice simplemente:

—Fuchi, mamá, caca. Es la primera vez que su hijo habla. Virginia arroja las camisas, lo abraza. Lloro y emocionada, piensa en la bondad de Dios que este día le ha hecho tantos milagros. En silencio, Susana mira crecer el río de mierda.

Tomados del libro *Sopita de fideos*, Ed. Océano.



## **Cristina Pacheco**

Periodista y escritora que nació en San Felipe Torresmocha, Guanajuato. Estudió Letras Españolas en la UNAM. Inició su labor periodística, en 1960, en los diarios *El Popular* y *Novedades*; en 1963 colaboró en la revista *Sucesos* con el seudónimo de “Juan Ángel Real”; en 1977 se integró al equipo de colaboradores de la revista *Siempre!*; publicó también entrevistas, crónicas y artículos en los periódicos *El Sol de México* (1976-77), *El Día* (1977-85), donde publicó la sección “Cuadrante de la soledad” y en *La Jornada*, a partir de 1986, donde apareció con su sección “Mar de historias”. Fue jefa de redacción de la *Revista de La Universidad*. Desde 1980 conduce la serie de televisión *Aquí nos tocó vivir*, que se transmite semanalmente por el canal Once.



LUIS HUMBERTO CROSTHWAITE

## **Plumita consentida, plumita de mi vida**

*Para Yael Weiss*

Aguas con el escritor, se mete en cada bronca —Concierto de Manu Chao, por ejemplo, auditorio de Tijuana. Pesada la repre, me cae. Llegabas, te pasaban báscula, te bajaban los cigarros. Hey, qué onda. Ta bien, ta bien, nomás no haga cosquillas, pinche Placa. Qué trae ahí, me pregunta un míster. Mi pluma, jefe, mi plumita consentida. Tengo otras plumas, pero ésta es la mera buena, y no porque sea desas Monblán supercaras, nel, ésta es una pluma Bic, de las que a veces se chorrean y te manchan el pantalón; una pluma acá bien normalona pero que me ha hecho el paro en sobradas ocasiones como aquélla en que mi waifa me dejó fuera de la casa porque llegué bien tarde, y yo toque y toque la puerta, diciéndole vidita, corazoncito, chaparrita de miamor: Déjeme entrar a la chante

que me muero de frío. Y yo grítele grítele, y ella ignóreme ignóreme. Derribemos esta frontera, waifa mía. Y la canija como poseída, me cae, no me abría, me ignoraba y ahí estaba la morra echándose un cigarrito en la sala, como diciéndome ahora que se chingue el escritor, por ojéis, porque llega tarde y no me avisa. Entonces fue questa pluma, pinche Placa, wáchela bien, esta plumita que se ve normalona me hizo el paro bien de aquéllas. Porque yo no soy bueno pa la improvisada, como otros batos, ¿mentientes? Seré muy escritor y todo el pedo, pero yo necesito una pluma y un papel parinspirarme. Y por suerte traía en la bolsa una servilleta que me dieron en una cantina que se llama Don Loope, y que me pongo a escribirle palabras de amor suavecito, desas mismas que echaba en la oreja de mi waifa cuando estaba quedando bien con ella. Y rescribí: «Pasioncita que me causa usté y le digo, me cae, questoy aquí namás por pensar tanto en su cabello lacio (¡cómo se me antoja pasarle un cepillito!); si no, chance y me hubiera quedado más rato en el Don Loope; perdóneme esta vez, al fin que usted sabe que yo tengo su nombre tatuado en el ventrículo izquierdo, ahí donde nobory els». Y pos que le paso el mensaje por debajo de la puerta, y pos quella lo mira, y pos como que lo ignora al principio, y yo como que todavía wachando, muriéndome del hiel.

Y finalmente va, abre la servilleta y como que piensa tirarla al escusado, me cae; pero yo la conozco, se ablanda poco a poquito, sus pestañas aletean, le pega un jalón al cigarro y me abre la puerta. Profundo suspiro de su parte. Igual y no me salvo del chingadazo bien felón que me surte; pero hasta ahí llega el pedo y duermo calientito.

Concierto de Manu Chao, ¿remémber? Próxima estación, waréver. Pos quel Placa me dice: No se permite entrar con plumas al concierto. Se pueden usar como arma punzocortante.

Ah dio.

¿Mi pluma no entra? Sabe qué, le digo: Yo no le doy mi pluma a naiden, mucho menos a un tiranalfabeta como usté; primero muerto que soltarla. Y el poli, bien acá: pos ahora me la das. Y yo que ni maíz. Y pos que le habla a otros polis. Y ahí vienen tres contra el Escritor, y yo bien prendido de la pluma, no la suelto. Entonces ellos, montoneros, me caen encima y vóytelas un chingadazo en la cabeza, y me duele pero no suelto la plumita. Y pos ya entrados, polis al fin, se regodean dándome unas patadas y unos macanazos en las costillas, y pos seré escritor pero no soy inmortal, así es que suelto la plumilla y se la llevan, los muy cabrones. Encima veo cómo el Placa jefe se la mete en la bolsa y se ríe como diciendo: Esta mijita es mía.

Ni modo de hacerla de tos. Entro al auditorio, medio rengueando, sobándome las nalgas y encuentro un lugareño dónde sentarme, todo agüitado, recordando a esa pluma y todas las buenas aventuras que habíamos vivido juntos. Empieza la música, bien acá. El Manu es un chaparrito buena onda. Por ahí andan los policías todavía, rondando, vigilando, buscando ver quién trae más punzocortantes. Y yo acá, bien adolorido. No sé de dónde me salen las fuerzas y el orgullo y enfrente de toda la raza, mestiro muy acá y saco la otra pluma, la que siempre traigo guardada en el calcetín, la namber tu, y escribo en mi libreta todo lo que me da la gana. Y la Placa se da cuenta de volada y dice: «Wachen, ai ta ese bato, trae otra pluma». Pero de aquí que llegan, yo ando en otro lugar y nunca mencuentran porque el bailongo ya está al máximo. Lo único que hallan es un papel donde yo estaba, y una cosa escrita en ese papel, y ellos leen, y se encabronan porque saben que viene de la inspiración de la pluma namber tu del mero mero Escritor, y el papel dice simplemente: «CULEROS». Y veo desde lejos que lo rompen, y yo mestoy riendo, y todavía me duele, pero no dejo de reírme y de bailar rodeado de morras alivianadas la música del chaparrito Manu Chao.

## Corriendo hacia el fuego

*Para Susana Calette*

Podríamos encontrarnos después de muchos  
años.

Podríamos no creerlo.

Podríamos abrazarnos.

Podría invitarte a conversar.

Podría ser en un café, me dices.

Podrías pedir moca y sugerirme un capuchino.

Podría hacerte caso y pedir, además, un pan  
dulce.

Podría dejar que hablaras.

Podría hacer algún comentario que no vendría al  
caso.

Podrías preguntarme por qué tan callado.

Podría elogiar tu pulsera y tus anillos.

Podrías levantarte para ir al baño.

Podría quedarme solo, pensando.

Podría aprovechar el momento para  
cuestionarme.

Podría decirme ya estás grandecito.

Podría tratar de ser inteligente contigo; creo que  
te gustaría eso.

Podrías regresar sonriendo. Podría ponerme nervioso.

Podría no encontrar qué decir.

Podrían estar sudando mis manos.

Podría armarme de valor, comenzar una anécdota.

Podría explicar que la semana pasada justamente...

Podrías mostrar interés.

Podrían tus ojos brillar,

Llenos de fuego.

Podría un mesero interrumpirnos.

Podría ser gay el mesero.

Podrías decirle no gracias.

Podría admirar la manera en que dices no gracias.

Podría preguntar en qué me quedé.

Podrías decir que no sabes.

Podría pensar que no estabas poniendo atención.

Podrías recordar que fue algo sobre la semana pasada.

Podría decir que no es importante.

Podría verte, así nada más, en silencio.

Podría ser un largo silencio.

Podrías quejarte de ese silencio.

Podríamos quejarnos del país, de la situación, del presidente, de su estúpida guerra contra el narco.

Podría abogar por el silencio: hace falta, ¿no crees?

Podría ser, me dices, pero es más agradable  
escucharte hablar.

Podría ruborizarme.

Podría bajar la mirada y contemplar los dedos de  
tus pies, bajo la mesa.

Podría incomodarte si lo hago durante mucho  
tiempo.

Podrías confesar que has estado triste.

Podrías decirme que extrañas a un hombre.

Podrías seguirme contando: trabajábamos juntos;  
la compañía lo mandó lejos.

Podría yo mostrar cierto interés.

Podría esforzarme en fingir cierto interés para  
que no te des cuenta de que odio a ese hombre.

Podría expresar en ese momento que no me  
interesa saber nada de los otros hombres de tu vida.

Podría.

Podría.

Podría.

Podría no atreverme.

Podrías seguir hablándome de él.

Podría escucharte.

Podrías detenerte un momento, sonreír.

Podrías decirme qué suerte encontrarte después  
de tantos años.

Podría festejarlo también.

Podría recordar que en otro tiempo quise  
compartir una vida contigo.

Podría recordar desencuentros entre nosotros;

otro yo, otra tú.

Podría pensar que quizás ahora.

Podría creer (ahora, claro) que este encuentro no es fortuito.

Podría ser el destino.

Podría agradecer al destino por haberte puesto nuevamente frente a mí.

Podría decírtelo ahora.

Podría invitarte a bailar.

Podría.

Podría.

Podría.

Podría seguir en silencio.

Podrías continuar con el relato de tu vida: un doloroso divorcio ya superado.

Podría preguntar ¿de veras?

Podrías decirme por supuesto.

Podrías hablar de tu hija (Camila).

Podría hablar de mis hijos (Josué, Santiago, Alejandra, Melissa).

Podría interrumpirnos un estallido.

Podría ser un fuerte estallido que a todos aturde.

Podría ser un estallido que cimbra las ventanas del café.

Podría ser una explosión, me dices.

Podríamos asustarnos.

Podría el mesero salir del café para ver qué sucede.

Podría ser gay el mesero.

Podría regresar corriendo y decir que hay un incendio a lo lejos.

Podríamos pagar de inmediato, dejar propina: 15 por ciento.

Podría estarse reuniendo la gente en la calle.

Podríamos caminar, como muchos otros, rumbo a las flamas.

Podríamos ver una casa incendiándose.

Podría estar gritando una mujer, pidiendo ayuda desde el interior.

Podría ver angustia en tu rostro.

Podrías decirme rápidamente, con desesperación, que algo así pasó cuando eras niña.

Podrías querer acercarte, más y más.

Podrías repetir que esto ya sucedió, que la historia se repite.

Podría tratar de entenderte. ¿La historia?

Podrías explicarme, pero hay demasiada confusión en tu cabeza: recuerdos importantes, dudas galopando.

Podría señalar que ya no tardan los bomberos.

Podrías ignorarlo.

Podrían tus ojos brillar, llenos de fuego.

Podrías entrar a la casa que se incendia.

Podría la demás gente gritarte que no lo hagas.

Podrían decir ¿qué hace, está loca?

Podría tratar de acercarme; pero el calor, el calor de las llamas.

Podría sentarme a llorar en la banqueta.

Podría ser el destino.

Podría maldecir al destino.

Podrían llegar la Policía, los bomberos, las  
ambulancias.

Podría haber confusión en la calle.

Podría el humo opacar todo, opacar la vida.

Podría haber un olor extraño inundar todo,  
inundar la vida.

Podría descubrirte entre la confusión;  
caminando, hermosa; tosiendo, hermosa;  
sollozando, hermosa.

Podría correr hacia ti.

Podría, incluso, decir tu nombre sin darme  
cuenta.

Podrían detenerme los paramédicos.

Podría verte partir en una camilla, adentro de  
una ambulancia.

Podría.

Podría.

Podría.

Podría recuperar la cordura.

Podríamos encontrarnos después de muchos  
años.

Podríamos no creerlo.

Podríamos abrazarnos.

Podría invitarte a conversar en un café.

Podrías decirme que lo sientes mucho.

Podrías explicarme que tienes prisa.

---

Luis Humberto Crosthwaite

Podría yo simplemente sonreír; decirte está  
bien, a la próxima.

Podrías no darme tu número telefónico.

Podría ser el destino.

Podría.



## **Luis Humberto Crosthwaite** (Tijuana, 1962)

Ha sido becario del Fondo Nacional para la Cultura y las Artes (1990), Premio de testimonio Chihuahua (1992), Premio Nacional de Cuento Décimo Aniversario del Centro Toluqueño de escritores (1994). En el año 2000 hizo la adaptación para cómic de la novela policiaca de Rafael Bernal, *El Complot mongol*, de la cual se publicó sólo un fragmento (Ediciones Vid). Entre 2002 y 2010 se desempeñó como columnista del diario estadounidense *San Diego Union-Tribune*. Actualmente es profesor invitado del Departamento de Español y Portugués de la Universidad de Iowa. Ha sido antologado en una veintena de libros. Es autor de varias novelas y libros de relatos entre los que destacan *Marcela y el rey al fin juntos*, *El gran preténder*, *Instrucciones para cruzar la frontera*, *Estrella de la Calle Sexta*, *Aparte de mí este cáliz*, *Idos de la mente y Tijuana: crimen y olvido*.



## ENRIQUE GONZÁLEZ ROJO

### Caperucita

*Para Bernardo González*

La verdad es que la caperucita  
no estaba aún madura  
para tus insinuaciones,  
lobo.

Aún se hallaba jugando a la muñeca  
consigo misma;  
aún su matriz, con pobre aleteo,  
se moría de envidia por las cigüeñas.

Aún sus senos  
eran pequeñas colinas  
incapaces de producir todavía  
el mal de montaña.

En realidad, cuando llegó a tu lado,  
y puso ante tus dedos el abismo  
de la tentación,  
cargaba en la entrepierna  
remilgos de virginidad.

## Mendrugo de sol

Los desencuentros eran rutinarios.

El pan amargo de cada día.

En una ocasión

con la carne viva torturada por la intemperie  
no pude más.

Salí a buscarte.

Antes de que amaneciera

cuando el pico de los gallos aún se hallaba  
rodeado de bruma

llegué al pie de tu departamento y me instalé bajo su  
[ventana.

Tenía tanto pero tanto frío.

Me castañeteaban los dientes

y tiritaban todas

mis vivencias.

Al gélido ambiente habría que añadir

la corriente helada que provenía

de tu ventanal cerrado.

Las persianas empuñadas en su negativa

no dejaban entrar ni salir

el menor mendrugo de sol.

Se abrió de pronto la ventana.  
Mi corazón dio un pequeño vuelco  
y se mudó de sitio.  
Tú sacaste la mano e hiciste un ademán  
que ordenaba el mundo  
y mi inmediato acercamiento.  
Corrí hacia ti.  
Salvé los escalones como si no existieran.  
Volé hacia mi debilidad  
con alas de Mercurio  
en mi talón de Aquiles.  
Di con tus brazos  
y en posición fetal  
entré al calor inmarcesible del regazo.  
Todo el frío —el exterior y el interior—  
fue sólo una remembranza sometida  
a abrupto desmoronamiento  
cuando viví la felicidad arropado  
con tus senos.

## Los olvidos

*¿Es un descanso el olvido?*

*¿Es olvido caminar?*

*¿Es caminar empezar a olvidarse del olvido?*

*Emilio Prados*

La evocación no respeta los sepulcros,  
desoye la liturgia de lo efímero,  
halla a flor de beso antiquísimas bocas,  
clava con alfileres el chirrido  
de las palabras huidizas,  
da con el descubrimiento arqueológico de una  
caricia  
polvorienta de tiempo,  
hunde su interrogación  
en una de las capas profundas de la psique,  
embalsama suspiros,  
recuerda.

La mente se desanda,  
camina a contrapelo del gerundio,  
reconstruye la carne desde el molde

de las huellas,  
busca el olor a vida  
en la carroña de la remembranza,  
le tuerce el brazo a Cronos  
para tender la mano a los cadáveres,  
recuerda.

Limpia los ventanales de su nuca,  
carga su fardo con jirones y jirones de lo ido  
para quedar intacta,  
sin perder siquiera  
el juguete asombroso, terrible y delicado,  
de la niñez,  
desentume vivencias,  
riega las partes verdes  
de lo perdido,  
recuerda.

Recuerda, recorre para atrás  
la biografía, sus episodios,  
los cumpleaños, con su atalaya  
para atisbar la muerte, la eterna  
obcecación de los aquíes  
tatuados con ahora,  
el tren que, indiferente,  
con sus esbozos de cerebro al viento,  
su aullido como herida en los espacios  
y sus ruedas desbocadas,  
va en lo suyo:  
lanzándose al porvenir a toda máquina,

saboreando la meta,  
corriendo tras el viento,  
ganándole la partida a la llegada,  
siendo sordo a las voces congelantes  
de los frenos,  
de las instrucciones,  
de los arrepentimientos del maquinista,  
y olfateando en sus proximidades  
la estación terminal donde mis ímpetus  
se hallarán descarrilados.

Recuerda, y al momento,  
volviéndose, viviéndose  
fe de erratas del destino,  
rememora un firmamento de pájaros inmóviles,  
con alas mentirosas;  
un tiempo con futuros arrumbados  
en los sótanos del presente;  
rememora,  
y ve cómo el espejo,  
con su espía de azogue,  
recupera, pujando, las imágenes  
que le fueron escamoteadas por la amnesia;  
pasa lista a un tropel de rostros,  
adioses fracasados,  
gritos,  
promesas  
que no dieron con el modo,  
el instante

o el vientre embarazado  
para pasar a ser.

Mas ahora, al correr de los días,  
cuando he dilapidado  
casi todo mi patrimonio sensorial,  
cuando derramo llanto  
con todo y pupilas,  
y está a punto de caérseme  
el mundo que retengo entre las manos temblo-  
rosas;  
ahora, cuando doy en mesarme  
mechones y mechones de tiempo  
y me siento invadido por el allende  
y las avanzadas de su ejército  
— las hoquedades de la desmemoria —,  
pregunto: Dios mío, ¿cuál era el nombre de aquella  
[hembra  
que me dejó debajo de la almohada  
sus senos, sus caderas  
y la carne amasada en lo sublime  
de sus muslos?  
No lo sé. Lo he olvidado.  
Oh masacre de sílabas.  
Peste que busca su lugar en mis palabras  
para diezmar sus letras.  
Mis olvidos,  
mi almanaque de ruinas,

dejan a la materia gris  
continuamente en blanco, desnutrida,  
famélica de nombres,  
frases, manos,  
ocultos bajo el polvo de mi rastro.  
Los olvidos arrojan tarascadas  
a la carne interior de mi conciencia,  
a mi jardín de nostalgias clandestinas,  
al vetusto directorio de entusiasmos  
donde se apolillan  
mis ilusiones envejecidas  
y mis dedos, que se ahogaban de tacto,  
están a punto de desmoronarse.

Olvidos, ay, que me roban discretamente,  
o a mano armada,  
la sonrisa de una promesa,  
el pelo huracanado de una aventura,  
el decir del filósofo  
—que durante días y más días  
puso a correr aullidos de metafísica  
por mis arterias—,  
la palabra seductora con que supe  
forzar la cerradura de una carne,  
la juventud que en mangas de camisa  
levantó un imposible  
para que al fin un sueño se encontrara  
al alcance de la mano.

Padeciendo poco a poco un holocausto  
de experiencias, se diría  
que hoy por hoy, como oficio, me dedico  
a olvidarme de todo,  
a desdecir vivencias,  
a dar mi brazo a torcer,  
a asaltarme a mí mismo en los lugares  
más oscuros del alma.  
Se diría.

¿Nada me queda ya?  
Con lo poco, lo poquísimo que guardo,  
con éstas que podríamos llamar  
las pertenencias últimas,  
o mi fortuna en el aquende,  
he formado un museo  
para uso personal  
donde me paso horas y más horas  
reconociendo olvidos (desempolvados  
para ser recuerdos)  
o contemplando los cuadros y las estatuas  
que entablan con los ojos el lenguaje  
del pasado.

¿Nada me queda ya?  
¿En el despeñadero de cuál de mis latidos  
voy a perderlo todo?  
¿Cuándo vendrá la nada  
con sus manos amantísimas  
a cerrarme los ojos?

El momento culminante,  
intransferible,  
el hoyo de desagüe hacia el que corre  
la colección entera de mis ímpetus,  
irrumpiré, puntualidad en mano,  
con gestos de destino,  
cuando tenga ya el alma agujereada  
por los desánimos incontables  
de la memoria;  
cuando el tiempo,  
encogido al presente  
(huérfano de premisas,  
desheredado de conclusiones)  
transforme sus fronteras en murallas,  
sin un solo intersticio donde pueda  
ejercitar sus vicios el espía;  
cuando este ahora opaco,  
ciego,  
mudo,  
se vuelva pordiosero  
de todos sus tesoros extraviados,  
cuando ya no me acuerde del olvido,  
cuando, amnésico, olvide tercamente  
de acordarme,  
de salir a la ventana a ver pasar el viento  
que sopla sin cesar desde el pasado,  
o tan sólo repare en que ya todo,  
todo,

todo

irremediablemente se me olvida  
y pasa a la ultratumba del vacío,  
cuando llegue, por último, la hora  
de que sea de mí de quien me vea  
obligado a olvidarme.

## Crimen perfecto

Qué bueno que por sólo una vez me enamoré de  
[una poetisa.

Nos llevamos bien en todo  
— la cama, las aficiones, el odio por los niños —  
pero no en un punto neurálgico:  
nuestro perverso afán de pergeñar poemas.  
Aquí nos hallábamos arrojados a una inmisericorde y  
[furiosa competencia.

En los juegos florales de dos  
donde sin cesar interveníamos  
a veces ganaba uno a veces otro  
pero siempre obtenía el primer lugar  
la envidia — como ojerosa tristeza  
por el bien ajeno.  
Entregados a competencia feroz  
vivíamos con el sueño de que la justicia coronara al  
[más apto.

Ay de nosotros acabamos por ser  
como Caín y Abel metidos a portaliras.  
No podíamos tratar el mismo tema  
— por ejemplo el lagrimear matutino de la flor

o el roncar genocida del caudillo —  
porque dando periplos en una tierra movediza  
nos acusábamos de plagiarios de salteadores  
a mano armada por las plumas amenazantes  
delincuentes líricos  
o robachicos de haikús.  
Después de una escena de mordiscos  
patadas y arañazos  
— en que ella sembró en mis brazos  
una promisoría cosecha de cicatrices  
y yo en las uñas logré quedarme  
con todas sus pestañas  
— llegamos a un convenio  
firmado con nuestra propia  
sangre: de plano nos dividimos el planeta.  
Los temas de lo mineral y lo vegetal me  
correspondían  
los de lo animal y lo humano a ella.  
El agua y la tierra a mí.  
El fuego y el aire a ella.  
Y guay de las infracciones  
el olvido de promesas  
o pasarse el rojo de un semáforo.  
Si ella pongamos un ejemplo  
en vez de hacer un poema sobre el fuego  
lo hacía rebelándose sobre el agua  
yo me ofendía  
decía que no había el menor culebreo de belleza  
en su grotesco material

me enfriaba frente a su inspiración y su poesía  
y le aplicaba durante horas  
la ley del hielo.

Por fortuna y cuando menos lo esperaba  
ella llegó a un tema permitido: su última  
respiración.

Además —el crimen perfecto implicó  
un enterramiento perfecto—  
la sepulté en mí mismo. Por eso ahora  
que escribo a dos voces  
en canon

y en lengua viperina  
la reiterada presencia  
de la paradoja en mis escritos me hace pensar  
en que en mi interior continuó la lucha a las  
vencidas  
con mi musa.

## Enrique González Rojo

Nace el 5 de octubre de 1928 en la Ciudad de México. Bajo la influencia de su padre y su abuelo creció rodeado de libros. Alguna vez ha dicho que “ha vivido en bibliotecas que tienen casa, no en casas que tienen biblioteca”. Posteriormente ha vivido su vida vinculado a la palabra escrita. Como filósofo, con maestría y doctorado, profesor universitario en la UNAM, la Universidad Nicolaíta, Chapingo, la UAM. La Universidad Nacional Autónoma de la Ciudad de México (UACM) editó su más reciente obra, bajo el título *En marcha hacia la concreción*, y *Versodestierro*. La misma universidad, en coedición con el H. Ayuntamiento de Ecatepec, publicó su poemario *Poeta en la ventana*, en homenaje a sus 80 años. Recibió el Premio Xavier Villaurrutia, por su libro *El quíntuple balar de mis sentidos*. Otras obras de su autoría: *Por los siglos de los siglos*, *Las huestes de Heráclito*, *Memorialia del sol*, *Viejos y Reflexiones sobre la poesía*.



JORGE F. HERNÁNDEZ

## **El terrorífico Mendiolea**

A falta de libros oficiales y gratuitos para impartir su curso de historia de quinto y sexto años, el profesor Leonardo Mendiolea recurrió al bello arte de los paseos didácticos. Esta sería la crónica de un éxito pedagógico, si no se tratara de Mendiolea, un historiador enfermo e intolerante, rencoroso y amargado, para quien sus alumnos no eran más que prófugos del sano juicio de Herodes. Desde hacía varios lustros Leonardo Mendiolea se había ganado a pulso el rumor generalizado de que era un auténtico monstruo, de que tenía doble personalidad — como si fuera un Jekyll-Hyde mexicano — y de que confundía la antropología con la antropofagia.

Sus facciones y su misterioso aspecto justificaban los rumores: Mendiolea tenía un notable parecido con Bela Lugosi — aunque con rasgos netamente extraídos de la cerámica tolteca —, vestía de levita negra y una inexplica-

ble bufanda que a más de un niño hacía pensar “con eso me va a ahorcar”. Sus botines estaban siempre polvosos y enlodados, “como si se la pasara desenterrando cadáveres en el Panteón de San Fernando” y ocasionalmente soltaba unas carcajadas que alcanzaban el timbre del gran Mauricio Garcés, pero que en realidad recordaban al temible Vincent Price.

En realidad, a nadie le consta que el polémico Mendiolea comiera niños y nunca se ha dicho que su mal humor y talante deleznable se debiera a su vocación histórica. Lo cierto es que se trataba de un auténtico malhumorado en toda la extensión de la palabra. Nunca toleró ni un chiste, y no se le vio jamás una sonrisa: sus carcajadas sólo retumbaban ante un hecho nada risible como cuando narraba la matanza del Templo Mayor, el fragor de las batallas decimonónicas o el asesinato de Álvaro Obregón.

Sin embargo, su intolerancia tenía un ingrediente mágico, pues aunque su encono feroz llegaba a ser espectacular, nunca se llegó a comprobar que lastimara a sus alumnos. En ocasiones, ante una respuesta equivocada e infantil, Mendiolea lanzaba miradas espeluznantes que algunos llegaron a comparar con los rayos láser de las películas del Santo, y hay niños que lo recuerdan con espuma en la boca y humo negro en el aliento. Con todo, por mucho que los niños se

---

Jorge F. Hernández  
quejaron ante la Dirección Escolar o ante la Junta de Padres nunca se le pudo imputar el cargo de abuso de menores, tortura o infanticidio.

Así, por ejemplo, en el tradicional ascenso a la Pirámide del Sol en Teotihuacán y, ante el inocente comentario de “no será todo esto un invento, para convencernos de que somos muy chidos” que murmuró el niño Fabricio López Ornelas, Mendiolea alargó su delgadísimo índice y con un “¡Sáaaaquese, qué!” lo arrojó en vuelo prehispánico hacia la Calzada de los Muertos. Cuando bajaron los compañeritos, lo encontraron en perfecto estado físico y mental, e incluso con una paleta de limón en la mano.

En otra ocasión, al salir de una visita a Palacio Nacional la Nena Garmendia tuvo la ocurrencia de sugerir que Benito Juárez “ha de haber sido super-chaparrito, comparado con Maximiliano. Su camita se parece a la mía”. El profesor Leonardo Mendiolea, en plena pose de defensor de la ortodoxia cívico-histórica de México y con sólo el poder de su flamígera mirada, lanzó a la Nena hasta el campanario de la Catedral. Inexplicablemente, a la Nena Garmendia no le pasó absolutamente nada y los únicos estragos que suscitó el arranque de Mendiolea fue la explicación que le tuvo que dar a un vendedor de lotería que, no sólo presencié el curioso y volador regaño, sino que incluso lo aplaudió.

La culminación del año escolar tuvo su correspondencia en una ya mítica visita al Museo Nacional de Antropología e Historia. Aunque no se han podido corroborar los testimonios de los quince infortunados alumnitos que hicieron el recorrido y, a pesar de que no hay ni una pizca de evidencias que avalen su historia, todos concluyen en que se trató de una auténtica excursión del terror en donde Mendiolea dio rienda suelta a su apasionada intolerancia pedagógica. Todo empezó al ingresar al impresionante patio central del Museo, cuando el niño Eusebio Canelón preguntó si la columna monumental que sostiene el techo era obra de los olmecas en honor del Dios del Agua. Inmediatamente, Mendiolea lo petrificó, adhiriendo la figura de Canelón a la mentada columna y, por el resto de la visita, el pobre niño recibió la cascada de agua.

El ya mencionado Fabricio López tuvo la mala fortuna de que Mendiolea estuviera a sus espaldas cuando observaba la maqueta a escala de “La caza del mamut”. Sin considerar la presencia del Ogro Antropológico, Fabricio le dijo al hijo de Rebolledo que estaría “más padre si pusieran a los Picapiedra” a lo que, instantáneamente, Mendiolea los redujo al tamaño de los muñequitos y los encerró en la vitrina. Más de un turista consideró a nuestro país como uno

---

Jorge F. Hernández  
de los más adelantados en museografía interactiva, al observar que dos de las figuritas corrían despavoridas por los rincones de la maqueta.

El festín terrorífico de Mendiolea se llevó a cabo en la Sala Mexica en donde a cinco niños los integró a la maqueta del Mercado de Tlatelolco: uno en el puesto de víboras, otro que fue rápidamente azotado por un vendedor de esclavos, Fidencito Torres Anaya que dice haber recibido una cachetada de la vendedora de esquiucles y los hermanos Zamudio que lograron refugiarse en un granero de la maqueta. De los siete niños que le quedaban en su recorrido, hay dos que aseguran haber quedado plasmados en una reproducción del Codex Mendocino, otros dos que también aseguran haber quedado temporalmente inmóviles — en posición hierática y de perfil — en plena Tira de la peregrinación. Aquí conviene señalar que le falló la magia a Mendiolea, pues los engarrotó en la mencionada tira-crónica del peregrinaje mexica desde la mítica Aztlán, pero sin asignarles el cambio de atuendo. Esto provocó que una pareja de alemanes considerara los dibujos prehispánicos del Museo como una burla al visitante y un descarado desdén al turista.

Quizá sobra mencionar el castigo que le tocó a Susanita Espejel cuando, queriendo quedar bien con el profe Mendiolea, suspiró lo

de “¡Qué romántico, morir sin el corazón por ofrendarlo junto al más guapo de los guerreros!”. Por el espeluznante e ilusorio espacio de quince minutos, Mendiolea la hizo sentir el martirio, amarrada a la Piedra de los sacrificios con la forzosa compañía de Alejandrino Boquerones. Boquerones ni debía, ni temía y ni merecía el castigo —siempre había sido un alumno ejemplar—, pero además ni le gustaba estar cerca de Susanita.

A la salida del Museo, en el patio de los voladores de Papantla, y una vez saciado su frenesí antropológico de venganza magisterial, Mendiolea juntó a su grupo e inició la perorata de fin de año en donde les aseguraba, con carcajadas diabólicas, que quedaban todos aprobados y que no intentaran delatarlo ante las autoridades, pues también era capaz de provocar daños permanentes, y no sólo los “temporales coscorriones” que les había dado durante todo el año. “Con la historia no se juega, ni se comenta —decía el Ogro Antropológico— y sólo se aprende para memorizarla. Conmigo ya vieron lo qué les espera a los que jueguen a inventar el pretérito, burlarse de los próceres, olvidarse de sus fechas...”, y con una mirada francamente delirante concluyó con un: “Revísense y verán que no guardan ni un solo rasguño de estos paseos que sustente sus acusaciones, pero recono-

cerán que guardarán para siempre el recuerdo perenne e imborrable de los grandes momentos de nuestra historia”.

El niño Fabricio, ya reintegrado a su estatura normal, fue el único que se atrevió a replicarle, gritándole que “Así pa’ que nos sirve la historia: a fuerza, de tarabilla como mensos, sin chiste y sin nada que nos guste. ¡Yo sí lo voy a acusar, viejo baboso!”. Mendiolea no tuvo tiempo de ejercer sus mágicos pases del encono y del coraje, pues antes de que pudiera lanzar su mirada infernal, el hijo de Rebolledo, hincándose, le hizo de banquito que con el enfurecido empujón de Susanita provocó la caída del odiado maestro. En un acto de verdadero heroísmo colectivo, Boquerones, Fidencito y los hermanos Zamudio amarraron los botines enlodados de Mendiolea a la cuerda de un volador de Papantla y, con la ayuda de un vendedor de chicharrones, otro de hot-dogs y una señora gordota que vende artesanías de imitación prehispánica, lo pusieron a dar vueltas en un maravilloso carrusel de venganza infantil.

Con el vuelo de los voladores papantlecos que se solidarizaron espontáneamente, Mendiolea agarró tal velocidad que cuando finalmente logró desamarrarse ya andaba volando como a veintidós metros del suelo. Unos niños dicen que cayó del otro lado del Paseo de la Re-

---

Para leer de boleto en el Metro 2 forma, en una de las fosas de los osos polares que pronto lo devoraron. Otros alumnnitos aseguran que su lógico final fue caer inmóvil al pie del Cerro de Chapultepec, como el último de los Niños Héroes. Lo cierto es que nunca más se supo de Mendiolea, pero en la Sala Maya del Museo de Antropología e Historia hay una figurilla de barro cuya enigmática mirada y espeluznante postura brujeril recuerdan las terribles cátedras de Leonardo Mendiolea.

Tomado del libro *Espejo de historias y otros reflejos*.

Ed. ALDUS.

## Jorge F. Hernández

Nació en 1962, en México, DF. Candidato al Doctorado en Historia por la Universidad Complutense de Madrid, ha sido profesor en la UNAM, ITAM, Universidad Anáhuac y el Centro Cultural Helénico. Ha publicado diversos ensayos y artículos sobre historia de México y el libro *La soledad del silencio. Microhistoria del Santuario de Atotonilco*, por el que obtuvo en 1987 el Premio Nacional "Atanasio G. Saravia" de Historia Regional Banamex. Como cuentista, publicó *En las nubes*, y en 2000 obtuvo el Premio Nacional de Cuento "Efrén Hernández" con el relato "Noche de ronda", incluido en su segundo libro de cuentos: *Escenarios del sueño*. Como ensayista, ha publicado *Réquiem taurino; Territorios del tiempo*. Antología de entrevistas con Carlos Fuentes; *Las manchas del arte y el misterio de la insinuación; Espejo de historias y otros reflejos*, y *Signos de admiración*, en donde reúne semblanzas, elogios y ensayos en torno a diversos escritores.



## GERARDO DE LA TORRE

### Esmeralda en el Metro

*Para Marco Aurelio Carballo*

Supe que se llamaba Esmeralda porque una vez logré sentarme a su lado. Fue en la estación Guerrero y poco me duró el gusto porque ella bajaba siempre en Balderas y yo seguía doce estaciones más hasta Ciudad Universitaria.

De lunes a viernes abandonaba yo la fábrica de chocolates —imagínenme inyectando dulces licores en cada pieza tibia y hueca, apenas arrojada de los moldes— a las tres de la tarde. Si mucho me tomaba media hora comer en alguna fonda, cuando no elegía los callejeros tacos de suadero y longaniza, y me internaba en los túneles de la estación Basílica con los sabores de la grasa plenos en la boca.

La primera vez que vi a Esmeralda fue a finales de mayo. Lo recuerdo bien porque ese día cayó el primer aguacero de la temporada. Es-

meralda llevaba un paraguas breve y llamativo, con la figura del ratón Miguelito. Lo sacudía con fuerza para retirar las renuentes gotas adheridas al cuerpo del roedor y apenas tuvo tiempo de cerrarlo y entrar al vagón donde yo viajaba.

Linda muchacha la Esmeralda. Morena, de ojos grandes y negros y unos labios gruesos, muy rojos, llenos de calor. Llevaba, esa primera vez, unas botitas de ante gris manchadas por la lluvia, mallas verdes, falda gris muy corta y suéter verde. Parecía un uniforme escolar pero no lo era, porque la siguiente vez que apareció en el metro vestía pantalón negro y suéter azul celeste. Si me lo propusiera, podría dar cuenta de su atuendo cada una de las veces que la vi. Ocho veces. Nueve. Ocho. Qué importa.

El segundo encuentro —pero exagero al decir encuentro, y de paso aclaro que lo de rellenar chocolates era una broma; en realidad soy ayudante de contabilidad en la fábrica, trabajo que consiste en mecanografiar, registrar y archivar tristes facturas— ocurrió tres días después. En la estación Tlatelolco había logrado apoderarme de un asiento pegado a la ventana, y cuando el tren salió del túnel a la zona iluminada, descubrí a Esmeralda entre la gente, pantalón negro, suéter azul y el paraguas del ratón en las manos. Mi vagón la dejó atrás no supe a qué distancia. Tuve la idea de bajar para instalarme

en el vagón posterior y luego, en cada una de las paradas, retroceder de carro en carro hasta dar con ella. Pero era tarde, ya sonaba el timbre anunciando que se cerrarían las puertas. De cualquier modo me levanté, listo para salir y de nuevo abordar en la próxima estación: Hidalgo.

Hidalgo es estación de entronque y siempre hay multitudes que abandonan los vagones o quieren entrar a ellos. Los carros llevan unos letreritos que exigen: "Antes de entrar deje salir", pero nadie les hace caso. Valiéndome de las armas naturales del viajero experimentado, empujones y codazos, logré meterme al carro que seguía. En Juárez fue más fácil pasar al otro, que recorrí sin hallarla. También Balderas es entronque y se batalla, pero pude abrirme paso y a punto de entrar al siguiente vagón, vi a Esmeralda saliendo, huyendo, perdiéndose entre el apresurado enjambre que avanzaba por los pasillos.

La vi otra vez un martes. Sonaron los timbres y las puertas comenzaron a cerrarse. Esmeralda, fugaz aparición, entró corriendo al andén y con gesto rabioso se detuvo a dos metros de las hojas de vidrio y metal que se aproximaban con desesperante lentitud y, así, nos separaban. En los vagones, al lado de las puertas, hay unas pequeñas palancas rojas —rojas como los ojos y anchos labios de Esmeralda— que deben

ser manipuladas en caso de emergencia. Éste, sin duda, era un caso de emergencia, como lo revelaba el fiero alargamiento de los labios de Esmeralda y, entre sus dientes, la exclamación brutal que la distancia o el descuido no me permitieron escuchar. Pero no me atreví a provocar el pequeño escándalo de una detención brusca.

Jueves. Esmeralda, precisa, aguardaba el convoy en la estación Guerrero. Era un día soleado y no llevaba el paraguas. Contra el pecho cubierto por el suéter verde esmeralda de la primera vez, apretaba una bolsa de lona que dejaba entrever el borde de un cuaderno. Puntual y predecible —esta vez viajábamos en el mismo vagón— abandonó en Balderas.

Me había hecho mis cálculos —al fin ayudante de contabilidad en la fábrica de chocolates, egresado del CCH Sur y por entonces en segundo semestre en la Facultad de Comercio. El tren metropolitano recorre en unos ocho minutos, diez por aquello de los imprevistos, el tramo de la estación Basílica a la Guerrero. Yo abordaba, segundos más o menos, a las tres y media, y por tanto la bella Esmeralda se presentaba en el andén faltando veinte para las cuatro. Eso indicaban las estadísticas.

Decidí arriesgar. Lo que quiere decir que aquella tarde en que supe su nombre no comí en la fonda ni me entretuve en los tacos. En-

tré a los túneles de la estación Basílica quince minutos antes de la hora acostumbrada y descendí en Guerrero antes de las tres y media. Y esperé. El cuerpo me olía a chocolate, porque toda la fábrica y sus alrededores huelen a chocolate, pero no es un olor desagradable. Odio los chocolates, como los odian mis padres y mis dos hermanas, porque en la fábrica premios, recompensas y gratificaciones se dan en chocolates. Pero hay gente que los aprecia.

Esperé. Apareció Esmeralda cuando mi reloj marcaba 3:39. Exacta. Me ubiqué a su lado y entramos juntos al vagón y entendí que era un día mágico porque había dos asientos desocupados, juntos. Uno lo tomó Esmeralda; del otro me apoderé yo.

De la bolsa de lona sacó un libro que abrió en páginas cercanas a la mitad y se concentró en la lectura. No puedo mencionar qué libro, pero en algún momento volvió a las páginas iniciales, al título que no recuerdo, y allí estaba su nombre: Esmeralda del Río. Era, entendí, su modo de decirme cómo se llamaba. Los encuentros sin duda habían dejado buena impresión en ella, quizá por el olor a chocolate. ¿Y ahora, qué seguía? Esmeralda, mucho gusto, moría de ganas de conocerte. ¿Trabajas o estudias? ¿A qué te dedicas? Pero no me atreví a decir nada y ella de nuevo se hallaba embebida en la lectura. Saqué

del portafolios uno de mis libros de contabilidad y lo dejé abierto largo rato en la hoja en que aparecía mi nombre, escuela, semestre. Entonces ella se levantó y fue hacia la puerta. Claro, la estación Balderas. Y mi inevitable destino era Ciudad Universitaria. ¿Qué malvada triquiñuela de la vida impedía que ella estudiara en la Facultad de Comercio o, al menos, trabajara en la fábrica de chocolates?

Una vez más, en los apasionados y lluviosos días que vinieron, olvidé la comida y antes de las tres y media ya estaba en el andén de la Guerrero. Veinte para las cuatro y ella no aparecía, diez para las cuatro, las cuatro, nada. Entré al vagón cercano, y apenas lo hice y las puertas se cerraron, Esmeralda se dejó ver. Esmeralda agitando el húmedo paraguas.

Me enfurecí, seguro de que se había retrasado solamente para castigarme. Ese suplicio yo no lo merecía, ¿qué delito era quererla? Canalla. Pero en Niños Héroes comencé a justificarla y cuando el tren se detuvo en la estación Eugenia eran los aguaceros los únicos culpables de retrasos y malquerencias.

Hallé a Esmeralda quizá dos veces más antes de la fecha importante. Este día fundamental era de fiesta escolar y la tarde me pertenecía. Uno de los compañeros me había preparado un enorme corazón de chocolate macizo,

---

Gerardo de la Torre  
un corazón del tamaño de un puño, cercano en  
dimensiones a un corazón verdadero. Bajo el  
papel de estraza, palpitaba.

Esperé en Guerrero con el corazón en una  
caja decorada con moño rojo y etiqueta dorada.  
Ella llegó con unos minutos de retraso y subimos  
juntos al atestado vagón. Entre el gentío era im-  
posible ofrecer la caja y musitar unas palabras,  
pero no había prisa. Como siempre, Esmeralda  
abandonó en Balderas. Fui tras ella. Subimos y  
bajamos escaleras para arribar al andén de la Lí-  
nea Uno dirección Observatorio. Viajamos seis  
estaciones hasta Tacubaya y allí de nuevo a subir  
y bajar escaleras y recorrer pasillos, ahora para  
transbordar hacia Barranca del Muerto, punto  
terminal y destino de Esmeralda.

Llovía, diluviaba. Esmeralda se detuvo  
frente a la escalera de la desembocadura, abrió  
el paraguas del ratón Miguelito y comenzó a  
subir. ¿Qué podía hacer yo? No me importaba  
mojarme, pero la caja de cartón no resistiría y  
me negaba a entregar el corazón en tan lastimo-  
sa envoltura. Me quité el suéter y cubrí la caja y  
subí los escalones de dos en dos. Allá adelante  
iba el paraguas del ratón. Y debajo Esmeralda.  
Y junto a Esmeralda, abrazándola, él. Él.

Los seguí bajo la lluvia y los vi entrar a  
un hotel. Luego, guarecido bajo un toldo o un  
alero, me eché a la espalda el suéter empapado.

La caja estaba intacta y dentro el corazón había dejado de latir. Arranqué moño y etiqueta, coloqué la caja en el borde de la banqueta y con deleite extraño presencié cómo iba deshaciéndola la lluvia. De sus entrañas comenzó a correr un agua achocolatada.

Ella, la morena de ojos negros, ¿de veras se llamaría Esmeralda? Eso decía en el libro. Pero nunca sabemos si los libros son prestados.

Tomado del libro *De amor la llama*. Ed. UNAM.

## **Gerardo de la Torre (Oaxaca, 1938)**

Ha publicado los libros de cuentos *El otro diluvio* (1968), *El vengador* (1973), *Viejos lobos de Marx* (1981), *Relatos de la vida obrera* (1988), *La lluvia en Corinto* (1993), *Tobalá y otros mezcales oaxaqueños* (1998) y *De amor la llama* (2001). Es autor de las novelas *Ensayo general* (1970), *Muertes de Aurora* (1980), *Hijos del Águila* (1989), *Los muchachos locos de aquel verano* (1994), *Morderán el polvo* (1999) y *Nieve sobre Oaxaca* (2010). En 1988 obtuvo el Premio de Novela Pemex 50 años de la Expropiación, por *Hijos del Águila* y en 1992, el Premio Nacional de Novela José Rubén Romero, por *Los muchachos locos de aquel verano*. Ha practicado el periodismo, la traducción, elaborado abundantes guiones para historieta, cine y televisión. Participó en el taller literario de Juan José Arreola, fue becario del Centro Mexicano de Escritores 1967-68 y desde 1994 es miembro del Sistema Nacional de Creadores de Arte.



## HÉCTOR DE MAULEÓN

## ¡Shazam!

El problema era que aquel domingo daban en el Cosmos un episodio de *El capitán Maravilla*. Por eso, cuando Pico sacó un flamante billete de a diez, e hizo aparecer, como en un acto de magia, el digno rostro de la Corregidora, el Gallo y yo intercambiamos la mirada rápida de siempre.

—No saldremos con vida si vamos solos al Cosmos —murmuró el Gallo, que a los once años hablaba exclusivamente en clichés cinematográficos.

*El capitán Maravilla* era una serie de los años cuarenta —protagonizada por Tom Tyler—, que había seguido rodando, en las décadas siguientes, por los cines más viejos del rumbo: castillos magnificentes venidos a menos; galerones oscuros, de nombre rimbombante —Majestic, Lux, Ópera, Palacio—, cuyo lustre se había empañado al devenir salas caldeadas de sudor y orines, multitudinarios recintos

salvajes en los que el público aullaba a la menor provocación, o derramaba líquidos sobre la luneta, o sencillamente ponía punto final a cualquier asunto emprendiéndola a golpes con el espectador de junto.

Y aunque en ese tiempo las latas que encerraban las aventuras del Capitán Maravilla eran para nosotros el descubrimiento arqueológico de la década, no había en el rumbo nada más parecido a una penitenciaría que el torvo y siniestro cine Cosmos. O tal vez sí: mi escuela primaria. Pero estaba cerrada ese día.

Así que seguimos tumbados a orillas de la banqueta, mirando el cielo apagado, de nubes blancas que se desplazaban y cambiaban de forma, hasta que el Gallo dijo de pronto:

—Si se nos pone difícil, podemos decir: “¡Shazam!”.

Empezamos a reírnos. “¡Shazam!” era la palabra que Tom Tyler pronunciaba para adquirir sus poderes en los momentos peliagudos.

Supongo que algo ocurriría entonces, pero no recuerdo qué. Posiblemente seguimos tumbados en la banqueta, hasta que Pico extrajo de nuevo su flamante billete de a diez. El Gallo volvió a soltar un parlamento cinematográfico:

—Compramos los boletos cuando la función haya empezado. Entramos a oscuras y salimos a oscuras. Cuando ellos se estén levantando, ya habremos cruzado la México-Tacuba.

En eso consistía todo. Cruzar México-Tacuba era penetrar en territorio comanche, ver evaporarse los derechos civiles, atravesar vecindades que efectivamente eran penitenciarías; tropezar con borrachos que vociferaban a media calle, y con inhaladores de Resistol 5000 capaces de descuartizarte si pronunciabas un diptongo de más. Algo así.

De modo que nos levantamos y, desde Amado Nervo, avanzamos hacia el corazón de las tinieblas, el extremo oriente de Santa Julia. La marquesina del Cosmos anunciaba *La picadura del escorpión* y *El escorpión de oro*. Esperamos en la escalinata, sin mirar a nadie, hasta que comenzó la función. Pico compró los boletos y, en fila india, entramos en la sala. Nos hundimos en las primeras butacas, un poco lejos de todos.

*El Capitán Maravilla* era un arqueólogo que, al abrir la Gran Tumba, se negó a saquear los tesoros del faraón. Una sacerdotisa fantasmal lo recompensó entregándole un secreto: “¡Shazam!”, palabra compuesta por las iniciales de Salomón, Hércules, Atlas, Zeus, Aquiles y Marte. Quien la pronunciara adquiriría los poderes de dioses y héroes. El compromiso era usarla para recuperar las joyas y combatir el mal. Nada más misterioso que esos cortometrajes antiguos, rayados y llenos de cortes, que parecían ruinas de otro mundo, sueños de alguien sepultado hacía tiempo.

Pero el plan del Gallo falló. Olvidamos el intermedio: aquel momento fatal en que el cácaro cambiaba el rollo y las luces se encendían, y una marabunta ardorosa se lanzaba a correr por los pasillos: fingir la lucha contra el mal, ser el capitán Maravilla, recordar que eran niños y no sólo habitantes de la penitenciaría a la que tendrían que volver cuando la función terminara. En ese instante nos descubrieron.

Lo supimos porque nos señalaron de lejos y creímos notar que algo había cambiado en sus miradas. Ese algo era lo que nos mantenía alejados del Cosmos.

Cuando la luz se apagó vinieron a sentarse en la fila de atrás. Trajeron con ellos un silencio cargado de significados. Algo que quería decir: “sabemos quiénes son”, “los hemos visto antes”. El Gallo y yo nos miramos de reojo.

Había comenzado *El escorpión de oro*, cuando alguien pateó la parte trasera de mi butaca. Ni siquiera parpadeé.

De pronto, alguien expulsó un gargajo y lo estampó con brutalidad, no recuerdo si en mi nuca o en la de Pico, aunque espero que haya sido en la de él. El Gallo dijo: — Vámonos.

Caminamos hacia la puerta, bajo el haz de luz en que volaba el capitán Maravilla. Pero no pudimos salir del territorio comanche. Nos metieron a empujones al baño, encharcado de orines.

Uno inmovilizó a Pico, torciéndole los brazos por la espalda. Otro, de un manotazo, tiró los gruesos lentes del Gallo. Hoy deben estar secuestrando o asaltando bancos. Tenían un talento especial para desarrollar esa clase de biografía.

—¿Qué vienen a hacer aquí, putos? —preguntó el jefe (siempre había un jefe).

Yo miré al Gallo. Dije:

—¡Shazam!

Y, por un instante, un rayo de júbilo brilló en sus ojos. Pude verlo antes de que el jefe soltara el puñetazo que hizo rebotar mi cráneo contra el mosaico mojado.

Tomado del libro *Como nada en el mundo*,

Ed. Joaquín Mortiz.



## Héctor de Mauleón

Nació en la Ciudad de México en 1963. Narrador y periodista. Fundador y director del suplemento Confabulario de *El Universal* y subdirector de la revista *Nexos*. Autor de numerosos libros entre los que destacan *El tiempo repentino*, *Crónicas de la Ciudad de México en el siglo XX*, *La perfecta espiral*, *Daga*, *Sueño guajiro*, *Los lugares oscuros*, *Como nada en el mundo* y recientemente su novela histórico policíaca *El secreto de la noche triste*, y su ensayo sobre la guerra del narco *Marca de sangre*.



ELMER MENDOZA

## Restaurante de camioneros

*A Martha Imelda*

Sola es mejor, pensó visiblemente irritada después de colgar por última vez sin haber conseguido compañía. Ni amigos ni amigas. Los apasionados de la playa optan por las dieciséis paredes de la casita en Las Quintas o en Lomas de Bulevar. Dos bikinis, *shorts*, un vestido, camisetitas, una novela de Graham Greene. Encendió el Caribe. Se oía mal. Le urgía una afinación, le faltaba aceite, espejo retrovisor interior, llantas, la suspensión; realmente un desastre; no obstante lo había decidido, ese fin de semana: Mazatlán. Estaba harta. Un breve descanso le procuraría cierto equilibrio emocional. Tenía en su carro una confianza pueblerina, y ya lo veía arribando a playa Brujas sin contratiempos dignos de mencionar. En la radio, después de un comercial para los agricultores, anunciaron buen tiempo. Tomó la calzada Heroico Co-

legio Militar y se ubicó en las dos o tres horas de camino. Eran las cinco de la tarde. Estaría a tiempo para tirar barra en la Zona Dorada antes de ir a la disco. Tanque lleno.

Escuchó a un vendedor de verdura palabras interdentalas por los precios de los hidrocarburos.

A la salida reflexionó que sería bueno comprar una Coca-Cola y bebérsela poco a poco en el trayecto; en las últimas casas divisó el anuncio de un restaurante de camioneros y se detuvo entre algunos tráilers. Los choferes bebían café con piquete o terminaban una comida tardía entre chistes rojos y albures amarillos. Tiernos suspiros al paso de Elsa María, quien se desentendió del ambiente. En la caja saludó y tanto la encargada como un camionero joven que pagaba su cuenta le respondieron.

—¿Coca para el camino? —preguntó el camionero con simpatía.

—Sí, para no dormir.

—Eso lo inventamos los camioneros —dijo sin dejar de sonreír.

—De cualquier manera la Coca es un estimulante.

—Claro, aunque hay otros más efectivos; ¿qué rumbo lleva?

—Sur.

—Qué linda casualidad, yo también, ¿trae radio de onda corta?

—No.

—Lástima, es usted preciosa y el camino es largo; me encantaría cenar con usted.

—Gracias, no se moleste; no voy tan lejos.

—No es molestia, señorita, es puro placer; y si va al Carrizal, ahí la invito.

—Estoy a dieta.

—¿Y a la hora de dormir?

Lo ignoró.

—“El Pintito” es muy cómodo —su voz se suavizó y tocó el pelo de Elsa María —y a mí me dicen el Alka-Seltzer.

—Deje, idiota, ¿qué se cree? Imbécil.

—Me gustan bravas pa’que me peguen, muñequita; deja tu Caribe por ahí y vámonos en el Pintito. Traigo un estéreo de aquellos.

Elsa no resistió y salió con las manos vacías. Con ganas de pero no. El camionero reía mientras el resto lo festejaba.

Había otros lugares, adelante compraría el dichoso refresco; ahora lo importante era no amargar el principio. Su enfado se convirtió en sonrisa. Después de todo el camionero era simpático, reproducía un condicionamiento específico, un modelo de macho universal, guasón, mujeriego, tomador; un estereotipo sin fantasmas; pero no se iba a poner a discurrir sobre eso en ese instante. Descansar es hacerse el tonto y en ese plan estaba. La radio se llenó

de interferencias y prefirió apagarla. Una tarde de bloques de cemento. Delgada y sin cafeína. Chata. Se adormecía en un cielo esperpento con saborizante artificial.

Letrero: restaurante a 500 metros, tortas ahogadas.

Aminoró la velocidad. Afortunadamente no había camiones estacionados, así que se dejó llevar por la suave tentación de una Coca-Cola con papas fritas.

Su belleza fue belleza cuando entró de nuevo en el carro con el refresco y lo demás.

Al subir a la carretera estaba solitaria, pero un minuto escaso más tarde un claxon ensordecedor casi la saca. Era Pintito.

Leyó el nombre terrible en la defensa en rojo fosforescente y lo sintió horadar su piel. Luces encendidas. Veía que se acercaba y el Caribe insignificante y la máquina sin responder con el acelerador hasta el fondo. Claro, la afinación, además esta gasolina con agua. Al inicio de una cuesta se alejaba un poco, pero no lo suficiente y el tráiler claxon sentimental seguía esparciendo ruidos diesel terror y solamente era posible mirarlo por fuera porque el espejo retrovisor interior no existía. Y luego, ¿de qué hubiera servido el infeliz? Y el motor con sus miserables cuatro pistones, y con el terreno tan plano, difícilmente iba a dejar atrás a su perseguidor. De nuevo.

Ganas de encomendarse a Dios.

Camionero sagaz parachoques ríspido se coloca inmediato Caribe y lo escolta sigilosamente. Por poco la choca.

Luces claxon freno freno de motor aire y ni un miserable policía de caminos; incluso cree oír la voz del trailerero molestándola amenazándola apabullándola y el maldito carro.

Receso.

Como que Pintito descansaba en su asedio. Percibía la abominable voz del hombre proponiéndole que se detuviera. Decidió dejarse pasar. Señalizó. *Flashes*.

Sin embargo, ominoso trailerero volvía a la carga con más brío y más claxon luces ruido fuerte y extraños gritos que a Elsa María le presagiaban lo peor.

Apretó los labios como para inyectarle su fuerza al Caribe. Aceleró hasta el fondo sintiéndose desgraciada y el carro se separó unos cincuenta metros de Pintito que resoplaba herido jalando una caja de aluminio, seguramente vacía por la velocidad con que importunaba el auto de la chica.

El día se consumaba.

Una exhalación y claxon luces motores freno voces y aunque no alcanza a ver al conductor, de vez en cuando mira una mano ruda que le hace señas seguramente obscenas, y el

claxon definitivamente mortal y el paroxismo y  
quién sabe qué complejo esté aflorando en Elsa  
María, cuyos dedos crispados enverdecen y su  
mirada se torna en un agudo negro e infinito.

La carretera es ancha. Lo suficiente.

Elsa María comprende que no la va a pa-  
sar ni la va a dejar en paz; así que se resuelve.

Baja la velocidad elocidad locidad ocidad  
cidad idad dad ad.

Atrás, Pintito vuelta de rueda empecina-  
do claxon luz fuerza sonido agua fuego tierra  
aire mundo voz grito y más grito y más luz alta  
baja de emergencia.

Señas.

Elsa María no puede más. En la cuneta di-  
visa unas casas y desciende de la carretera dan-  
do tumbos. Para. Sale corriendo porque detrás  
se está estacionando Pintito, resoplando terri-  
blemente.

La angustia tiene cuerpo un temblor un  
esfuerzo un artificio.

Sus gritos son lentos papeles agitados por  
el mínimo anochecer.

Hacia las casas.

Alguien la encuentra. Acoge su llanto sus  
mocos su cuerpo de algodón peinado.

Se vuelve para señalar a su perseguidor  
pero no hay tal.

Nadie la sigue.

En la carretera dos hombres luchan cuerpo a cuerpo, Elsa María se desmaya.

Una mujer escucha al vencedor del combate levemente herido en un brazo. Es el chofer de Pintito.

—Dígale a la señorita que si le pitaba y le prendía las luces, era porque en su asiento trasero traía a un compa con un cuchillo, y cada vez que la quería atacar...

## La conveniencia de sonreír

USTED no es un hombre cualquiera. Vive bien y puede vivir mejor; claro, si las relaciones de producción en que participa se lo permiten y el poder adquisitivo no se lesiona demasiado. Por lo pronto, usted ha desayunado lo correcto y viene del sur por esa calle angosta pensando que la vida sin mujeres no es vida y que el amor es una cosa esplendorosa.

La ciudad

resbala por su piel  
fresca de baños y caricias.

Un limosnero compra un garrote nuevo.

Usted también, que viene del norte; sí, usted, el del carro gris, meditando que la vida no vale nada novalenada la vida, que no le ha ido tan mal pero que no se conforma, deriva por el puente, mira la turbulencia del río y le parece que ahí falta algo, no sabe qué pero está seguro de que algo les falta a los ríos de hoy; pobres ríos, pobres peces, po. Se le echa encima la ciu-

dad. Le gustaría tomar el malecón pero la corriente lo deprime; será mejor tomar el bulevar Madero, lo que para mí resulta una decisión sumamente interesante.

Una piedra que canta siempre será una buena compañía. USTED también toma Madero. Por el sur son pocas las opciones para entrar a la ciudad. A velocidad normal pasa frente a una cervecería y las oficinas de las bandas folclóricas. Su sonrisa de caballero andante lo hace vencer la predisposición que el espantoso pavimento provoca en todos los choferes; usted es así, no será ese olvido de las autoridades municipales motivo para salir de quicio, y menos esta mañana en que amaneció con ganas de todo. Dos hombres hablan de disciplina. USTED que viene del norte, que detestó las señales de tránsito y vialidad, pasa frente al Asturiano y pretende detenerse para un trago pero sólo mira la puerta. Tiene que seguir; no se moleste con el muchacho de la moto que acaba de atravesársele, tiene una cita amorosa, y usted sabe el peligro de llegar tarde a una cita de esa naturaleza; por favor no se irrite más; son cosas que a todos nos pasan, dele una oportunidad a esa pareja de encontrarse a tiempo. Puede ser su hija, además la presión, no olvide su presión, no se agite demasiado y si es usted creyente,

---

**Para leer de boleto en el Metro 2**  
ruegue, está a punto de ser distinguido. Tenga  
paciencia, maneje con precaución.

Algunas mañanas, pienso que todo es diferente

luego, salgo de casa.

USTED con esa cara feliz, sólidamente  
alegre, ha visto a esa señora vendiendo flores.  
¡No, no! No se detenga, por favor, se lo suplico;  
claro que las flores son bellas y es más bello  
lo que normalmente se expresa con ellas; por  
supuesto que la persona en que usted está pensando  
las merece; pero no, señor, no haga altos,  
ahora no; además ayer le llevó usted claveles  
y aún no se han marchitado; seguro que si hoy  
no le lleva algo ni se va a fijar; siga, siga, no se  
detenga; muy bien, siempre adelante; y es que  
está usted a punto de ser parte importante de  
un proceso.

Un perseguidor me encuentra  
decomisa mis instrumentos  
me alimenta de transparencias.

¿Qué pasó, más tranquilo? Ya sé que el  
norte de la ciudad es horrible y que le ha tocado  
bailar con la más fea, también sobrellevar los  
errores de los arquitectos del Infonavit, no no,  
ni se le ocurra, no puede usted dar vuelta en esa  
calle; claro, ya sé que necesita ir a correos pero  
no, no me joda con eso ahora; déjelo para la tarde  
cuando salga del trabajo o de plano, mande

al *office boy*. No insista. Cierran a las siete, así que tendrá tiempo de sobra. Que no, tampoco, ¿por qué comprar Melox en esa farmacia estando una de descuento justo frente a su trabajo? Ya sé que lo necesita, que su estómago no resiste ciertas inclemencias, sólo que ésta es una farmacia cara, al menos así aparece en la guía del consumidor; mejor siga, le conviene; tenga fe, le aseguro que le espera algo interesante y apenas son dos cuadras las que faltan.

La violencia nos abre los ojos.

¿Qué vemos?

Ya lo sé, a USTED la felicidad le permite tantas cosas que es capaz de todo. ¿Qué hace? No, usted sí no tiene justificación, no se detenga; sé que usted lee diariamente el periódico, que le gusta estar al día, mas no debe detenerse; un señor acaba de comprar el último ejemplar de su publicación favorita; no se detenga, no hay caso; ya sé que usted prefiere estar enterado y que es cliente en ese puesto, pero por esta vez no lo haga, de verdad, no debe detenerse, a usted le espera algo a dos cuadras, algo que no debe dejar por un periódico.

El tiempo mueve los escalofríos.

Y ahora qué pasa con usted; no le haga caso a ese camionero, ya sé que a usted el que se la hace se la paga y que no puede conciliar el sueño si no ha practicado el sabio principio

“ojo por ojo, diente por diente”; esto es otra cosa, de verdad no vale la pena discutir con el camionero, ya ve que todos son terribles, por supuesto que a usted nadie le va a ver la cara. Sepa, tranquilícese y dése cuenta de que está a punto de ser algo más de lo que es, está destinado a trascender la realidad, esta expectativa es un fenómeno del cual no todos participan; sólo unos pocos, y por un pleito miserable no se lo va a perder, ¡claro que no! ¡Heeey, guarde esa arma!

Todo lo que el tiempo tiene de fatuo es un listón de arcoíris. Bien hecho, esa decisión de no comprar el periódico a pesar de sus señas de identidad y los ademanes que le hacía el voceador fue realmente muy sabia. Lástima que no sea usted diputado. Usted sabe que un hombre inteligente y bien empleado hace cosas maravillosas. Por supuesto, es una hermosa chica, pero no le dé el paso, no se lo dé por amor de Dios, sonríale y admire su fisonomía, es hermosa como etcétera y se antoja para. ¿Qué piensa hacer con ese semáforo?, claro, usted va hacia el norte y está prohibida la vuelta, de manera que tendrá que continuar; en el siguiente semáforo, si sigue como va, le espera algo, está usted en el extraordinario umbral del juego mágico de ser doblemente. Está besando el mundo de los prototipos; no se ponga nervioso, no duele ni tantito.

El ruido de los salivazos rompe cristales. No, señor, carajo con usted; no sea así, no tema, ya sé que necesita una rasuradora, ya le dije que no, y menos en esa tienda, admito que es la mejor tienda de la ciudad, pero no; y es que ahora usted no tiene todos los derechos para moverse por sí mismo, en este instante sus movimientos dependen de otras cosas; no maldiga, por supuesto que la puede comprar, pero no ahora; y por favor, no le diga nada a esa señora que le obstruye el paso; ella ni sabe, usted debe seguir por ese carril, no trate de salirse, no me complique el texto; lo único que le pido ahora es que cruce esa avenida amplia; la del gran semáforo, no me dé más lata, ahí le espera a usted una sorpresa. Es difícil con estos tipos.

Una palabra me dice que soy libre  
pero usa otra lengua  
que desconozco.

¿Cómo va USTED? Magnífico, sabía que no me iba a fallar. Y usted, claro, sigue sin entender, definitivamente con usted no hay futuro, la rabia lo jode tanto que lo ciega; ni hablar; pero ya está aquí y tendrá que cruzar la avenida puesto que no le queda opción y esa gran cantidad de carros que lo rodea le impide cualquier movimiento que no sea el que me conviene.

Ahora.

Vamos, hombres, los dos están cruzando la avenida al mismo tiempo; sonríanse, caray,

---

**Para leer de boleto en el Metro 2**  
díganse adiós cuando menos, ¿qué no ven que  
han sido personajes de este cuento?

## **Elmer Mendoza**

(Culiacán, Sinaloa, 1949). Uno de los fundadores de la nueva novela negra en México. Premio Internacional Tusquets de novela. Entre sus obras: *Un asesino solitario*, *El amante de Janis Joplin*, *Efecto tequila*, *Cóbraselo caro*, *Balas de plata*, *Firmado con un clínex* y *La prueba del ácido*.



ÓSCAR DE PABLO

**Nombre**

¿Cuál es, después de todo, tu verdadero  
    nombre?  
¿Ése de los primeros documentos, el de aquella  
    niñez innumerable  
    que oscilaba  
de la risa al sopor entre jarabes, el del triste  
bautismo en agua fría, ese nombre pequeño de  
las letras enormes  
que no inventaste ni podías hacerlo, ni tenías  
permiso ni dientes ni tamaño,  
el de escuelas y novias y eternas vacaciones?  
¿O alguno de los muchos con que enfrentas el  
mundo: ése que te encontró en tus primeras  
reuniones, como sin sorprenderte aunque lo  
hiciera; la sencilla palabra de hombre adulto  
que usaste en un principio como sombrero  
    ajeno,  
ridículo y solemne como el niño que eras?, ¿el  
nombre que tomaste, fingiendo que fingías, y

que entendías el miedo, el escondite (y en  
realidad comprabas tu orgulloso estandarte),  
el nombre que te sigue desde entonces, el que  
ha visto morir a tantos muertos  
con música de fondo de rabia y multitudes,  
con el que te bendice la calle conquistada, con  
el  
que te tutea la prensa clandestina, con el que  
te saludan las fábricas en huelga, tus nombres  
de partido, como dicen?  
¿Cuál es, después de todo, tu verdadero  
nombre?

## Marcha

Dejen juntarse las respiraciones, dejen  
que se oscurezca el cielo detrás de la parvada,  
oigan cómo el latir del pavimento, la sucesión  
de pasos y de pasos  
en este solo término insumiso, en esta misma  
grieta  
menor  
de la calle Madero, hace fluir la grieta con los  
pasos, se la lleva consigo hasta llegar al centro  
bajo el cielo en común de pasos anegado.  
Los pasos y los pasos: ellos  
buscan su tacto en el tambor del polvo. He  
fijado  
el oído  
en un mismo resquicio debajo del torrente, y lo  
siento avanzar: nada tiene de absurdo.  
Dejen andar la calle revuelta entre los pasos,  
déjenla entrar al Zócalo cantando.

## Corrido

El caballo no era  
de tablas de madera  
y no tenía forma de caballo.  
Salió de bajo un cerro  
y era todo de hierro,  
corriendo como el trueno tras el rayo.  
El caballo traía  
una caballería,  
en una carga que, al contar, me arrolla.  
Yo estuve en la sagrada  
Ilión, que era llamada  
entonces Ciudad Juárez y no Troya.  
Aquello no era el mar.  
O tal vez era el mar,  
pero agitaba arena en vez de agua.  
El rey cara de perro  
era Rodolfo Fierro  
y su rugir llegaba hasta Chihuahua.  
Las armas resonaron,

y de Torreón llegaron  
los doce mil centauros de Nogales.  
El de mirada fiera  
es Pánfilo Natera,  
terror de Priamo y sus federales.  
Encendido de chiles,  
era el Pélida Aquiles  
Felipe Ángeles al galopar.  
Ángeles, y no dioses  
cuidaron de los roces  
a Odiseo en su silla de montar.  
Odiseo en su silla  
se llamó Pancho Villa  
hasta que Zacatecas fue del fuego;  
pero no le hagan caso  
al cuento que les paso:  
el que me lo contó estaba ciego.

## Purgatorio

Por tus arterias subterráneas corre  
nuestra mala consciencia, ciudad mía. Puesto  
que nos dejamos  
arrebatar la luz durante la mañana, de una  
estación del metro a la siguiente, de todas las  
colonias, de una ventana a otra, ahora la  
medianoche se interrumpe  
con las luces prendidas de este desvelo mutuo,  
de nuestro insomnio público y socializado.  
Cuando había que gritar, apretamos los labios.  
Cuando había que ponerse en el camino para  
iniciar la marcha, preferimos hincarnos. Es  
como si tus casas  
hubieran entregado su derecho a los párpados.  
Cuando había que escupir, besamos el anillo.  
No tuvimos saliva suficiente, garganta  
suficiente al fondo de la boca.  
Y ya no habrá edificio que concilie el sueño.

Hoy,  
los millones de ojos  
abiertos en la piedra  
de la banqueta al cielo brillarán por la noche  
y mantendrán prendida su luz enajenada, como  
la penitencia de nuestro colectivo, de nuestro  
gigantesco  
pecado de omisión. Mientras la luz sea ajena,  
no  
han de cerrarse nunca los ojos del concreto  
ni ha de amanecer nunca de este insomnio.

## Tanto pudiese el son

Si este ciego teclado  
fuese un telar fructífero de cuerdas, tejería en tu  
pantalla con tapices sonoros  
la plaza de indigentes que nos une; y si te  
interesara

su epopeya punteada de chiripas,  
fabricaríamos

juntos la partitura móvil  
que nos anclara al mundo y su pecado. Si este  
ciego teclado.

Si su llama prendiera  
en tus ojos de hierba indiferente, tanto sería el  
incendio de timbales y trueno, que la miseria  
se elevaría en humo. Y si en tu yesca húmeda,  
por décadas de noche acostumbrada, nuestra  
música histórica encontrara refugio, todo sería  
en su fuego la madera. Si su llama prendiera.

Si tuvieras oídos  
para el grito asonante de los huesos, añadirías  
tu  
voz con mi voz al estruendo  
y por quedarme atrás me insultarías. Si en mi  
computadora  
tanto pudiese el son que en un momento  
despertase la ira de tu animoso viento,  
no estaríamos hambrientos ni perdidos. Si  
tuvieras oídos.



## **Óscar de Pablo** (Ciudad de México, 1974)

Escritor y poeta mexicano. Destacado en la poesía y el ensayo. Fue Becario de la Fundación para las Letras Mexicanas en el área de poesía, en 2003 y en 2004, también del FONCA. Obtuvo el Premio Nacional de Poesía Joven Elías Nandino 2004 por *Los endemoniados*, el Premio de Poesías Jóvenes de la UACM por *Sonata para manos sucias* y el Premio Nacional de Poesía Francisco Cervantes Vidal 2006 por *Debiste haber contado otras historias*.



## ADRIANA MALVIDO

**Conversación con las estrellas**

*En esta noche clara, con su luna en cuarto menguante, mis ojos y los astros se reconocen. Puedo ver a Mercurio, a Venus y a Júpiter. Son los luceros nocturnos que aparecen al meterse el sol. Las constelaciones también me acompañan. Percibo al Cisne sobre la Vía Láctea que atraviesa nuestro cielo y más arriba miro la constelación de Libra con su estrella mayor que es Virgo. También puedo contemplar, al norte, la constelación de Hércules, la Corona Boreal, la Osa Menor y, encima, la Osa Mayor.*

*Todo esto me habla de buenos augurios. Tantos planetas, constelaciones y estrellas visibles en el cielo resultan extraordinarios. Lo sé, porque yo tuve acceso a los libros sagrados.*

*Y lo sé, porque en el año 615 cuando Pakal asumió el trono de Palenque, la luna también estaba en cuarto menguante y Saturno emprendía su camino hacia las Pléyades como esta noche.*

*El hombre contemporáneo se sorprende ante la sabiduría con la que aprendimos a comprender y a manejar el tiempo en armonía con el Universo.*

Los mayas se llevaban muy bien con las estrellas, conocían sus movimientos, sabían leer en el cielo la fortuna de los hombres y el destino sagrado de los dioses. Veneraban al Sol que llamaron Kin y a la Luna Ixchel, que se convirtió en su consejera sagrada.

Podían calcular con exactitud el día que se produciría un eclipse, ya fuera de Sol o de Luna y cuál era la posición diaria de Venus, Marte, Júpiter y Saturno, cuál fue hace miles de años atrás y cuál sería miles de años después. Miraban al cielo para preguntarle qué día era bueno para sembrar y cuál para cosechar, qué día era el más afortunado para realizar una boda, para darle nombre a un niño, para otorgarle el trono a un nuevo rey, para celebrar una fiesta, para realizar un ritual, un sacrificio, o para emprender una guerra.

En aquellos tiempos, cuando no había luz artificial ni telescopios, las noches estrelladas eran, no sólo un bello espectáculo para la mirada, sino fuente inagotable de conocimiento.

*El cielo era para nosotros la voz del tiempo. Todas las noches un hombre sabio se sentaba a observarlo*

*para que las estrellas, los planetas, los ciclos solares y los de la Luna, los eclipses y todos los eventos cósmicos nos enseñaran a medir el tiempo, a calcular el pasado y a dibujar el futuro. Este hombre dejaba inscritos en códices, tableros y estelas, su saber acerca del movimiento de los astros, para que otro llegara después a sentarse y continuar su tarea. Y así, generación tras generación, siempre hubo un hombre anotando y contando el ritmo y el latido del cosmos con el fin de alcanzar el secreto último del universo que se encuentra en los números.*

El cómputo del tiempo, el pasar de los días, los años, los siglos, los milenios y las eras cósmicas, fue su obsesión. Para dominarlo, los mayas desarrollaron cálculos matemáticos que hoy maravillan al mundo y un calendario que es, hasta hoy, el más exacto que se ha alcanzado. Con sólo tres signos: el punto que valía uno, la raya que valía cinco y el cero, representado en forma de semilla, concha o caracol, hicieron cuentas tan largas que hoy no cabrían en la pantalla de una computadora.

Como en todas las culturas, los sabios mayas crearon su propia historia sagrada del Universo con los dioses como protagonistas. Para ellos, la era cósmica en que vivimos comenzó el 13 de agosto de 3114 a.C. Esa fecha, que se llama “fecha-era” y que se encuentra labrada en obras

---

**Para leer de boleto en el Metro 2**  
de arte de Palenque, Cobá o Tortuguero en el sureste mexicano y en Quiriguá, Guatemala, era como lo es para nosotros el nacimiento de Cristo, una fecha a partir de la cual se cuentan los años hacia delante o hacia atrás.

El 13 de agosto de 3114 a.C. tuvo lugar la creación del universo y del mundo que vivimos, según la cosmogonía maya. Lo creó una pareja divina: el dios GI Padre, Itzamná y la diosa madre, Sak-Kuk, “Dama Bestia”, que son los padres de tres dioses: GI, deidad del cielo; GII, Kawil, dios de la tierra y GIII, dios solar del inframundo. Y es de ellos que proceden los gobernantes mayas según nos dicen quienes escribieron la historia.

*Los reyes teníamos un linaje divino. Éramos integrantes de la familia de los dioses. Y por eso, al escribir la historia, hacíamos que nuestra fecha de nacimiento o nuestro ascenso al poder, coincidiera con la fecha del nacimiento de los dioses que está inscrito en las estrellas. Porque nuestros ancestros son seres celestes. Cuando moría un gran Señor o una gran Señora, primero se convertían en héroes y luego en deidades.*

*Los dioses necesitaban crear al mundo y darle existencia al hombre para que éste los alimentara y el Universo siguiera latiendo. A los primeros seres los hicieron con barro, después experimentaron con madera, pero finalmente fue la mezcla de maíz*

*con sangre de los dioses lo que dio origen a los hombres. Después hicieron al Sol, al lado de la Luna, y lo alimentaron con su sangre divina para darle movimiento. Y así también le dieron orden al tiempo y nacieron el día y la noche, la primavera, el verano, el otoño y el invierno.*

## **El tiempo y el espacio**

Las ciudades prehispánicas se diseñaban como espejos del cielo. La posición de las pirámides era una copia de la posición de las constelaciones en el cielo el día de la creación del Universo. Los templos, plazas y palacios tomaban en la Tierra el lugar que tienen cuerpos celestes en el firmamento, eran su reflejo. Teotihuacán, Monte Albán, La Venta, Tenochtitlán y Palenque se construyeron con base al mapa celeste o la carta estelar del día que nació el cosmos para todas las culturas mesoamericanas.

Los mayas también buscaban construir sus ciudades cerca de montañas, ríos o lagunas y cuevas, porque eran un símbolo de la morada de los dioses y de sus ancestros. El paisaje que los rodeaba era divino.

En Palenque, por ejemplo, la Plaza de las Cruces es una representación del cosmos. Kan Balam, el hijo de Pakal, dedicó ahí tres templos

a la tríada divina de los dioses fundadores de la dinastía maya: El Templo de la Cruz, al dios celeste; el Templo de la Cruz Foliada, al dios terrestre, patrón de la agricultura y el Templo del Sol, al dios solar de la región de los muertos o el Inframundo.

Sabios contemporáneos como Mercedes de la Garza nos cuentan: “El universo maya estaba conformado por tres grandes ámbitos espaciales: el cielo, dividido en trece niveles; la tierra, imaginada como una plancha circular, y el inframundo de nueve estratos. Fuerzas sagradas se movían en cada uno de los niveles. En el treceavo cielo reinaba Itzamná, la deidad suprema generadora del cosmos, mientras que el Xibalbá, noveno estrato del inframundo, pertenecía a los dioses de la muerte”.

*Representábamos a los puntos cardinales con los diferentes colores del maíz. El Norte era blanco, el Poniente negro, el Sur amarillo y el Oriente rojo. Nuestra madre, la Ceiba, es un árbol que representa el cosmos y por medio del cual los hombres sagrados pueden descender al inframundo a través de las raíces y ascender al más alto de los cielos a través de sus frondas. Ahí, en la copa de la Ceiba se posa siempre un quetzal, nuestra ave sagrada por excelencia.*

Al hombre moderno le llevó muchos años empezar a entender el sentido del tiempo maya.

Habían aprendido a descifrar los glifos que se refieren a las fechas del calendario maya, pero faltaba conocer el significado de muchos otros glifos inscritos en cerámica, piedras, tableros, estelas y códices. Para saber cómo interpretar esos glifos, a mediados del siglo XX nació una nueva ciencia: la epigrafía. Con el apoyo de arqueólogos, artistas e historiadores, poco a poco los epigrafistas descubrieron que los mayas habían desarrollado una escritura y que sus inscripciones eran textos que contaban historias. La sabiduría de los escritores, astrónomos y matemáticos del pasado dejó de ser un misterio y por fin fue posible la traducción de sus mensajes, en donde el protagonista principal es, precisamente, el tiempo.

Ver y estudiar el cielo era una actividad de Estado, colectiva, de la mayor importancia en la vida de los pueblos. Elegían a hombres inteligentísimos para llevar la cuenta de los movimientos estelares. Observando, identificaron el promedio con el que se suceden los eventos, desde los solsticios y equinoccios hasta los eclipses.

*Los mayas desarrollamos un calendario ritual que, durante siglos, rigió el tiempo en todos los pueblos de nuestro lugar en la Tierra; el Tzolkin de 260 días, que era un calendario lunar. La cuenta del Tzolkin*

*era una cuenta adivinatoria para predecir los destinos humanos, sus 260 días equivalen a los nueve meses de gestación y al tiempo que tarda el maíz en madurar.*

*Pero también medimos el tiempo con el Haab, calendario solar de 360 días. A éste le agregábamos un mes corto de cinco días para hacerlo coincidir con el año solar de 365 días. Cada 52 años los nombres y números de los dos calendarios coincidían en el mismo lugar. Y se inauguraba una nueva era.*

En la medición del tiempo maya:

Kin es un día

Tun es un año (360 días)

Katún son 20 años (7 200 días).

En el año 200 d.C. los mayas ya dominaban la agricultura y empezaban a construir sus grandes ciudades y bellos monumentos.

Cientos de años antes, ya utilizaban, para medir el tiempo, la llamada “Rueda de Katunes” o cuenta corta, cuya duración era de 13 katunes o 256 años solares. Para los mayas, los fenómenos acontecidos en un Katún, se repetirían 256 años después. Esto no significa que el destino estaba marcado y era imposible de cambiar. Era un método para hacer profecías basadas en la historia, pero los hombres podían intervenir mediante rituales ofrecidos a los dioses para propiciar beneficios.

Los “Guardianes de los días”, *aj kinnob*, eran los encargados de interpretar el significado adivinatorio de los números en combinación con el nombre de los días. Por ejemplo, si un nuevo ser nacía el mes “3”, en el día “cauac”, se le auguraba nobleza, capacidad para comunicarse con el quetzal y su planta predilecta sería el cacao. Pero si otro nacía en el mes “5”, en el día “lamat”, sería un borracho, impostor y sembrador de discordias, y tendría la capacidad de comunicarse con el perro.

Así, había días propicios para la siembra de jícama, de haba, de algodón, chile, calabaza o camote, como el “13 lamat”. Y otros en los que se anunciaba un buen día de lluvia, afortunado para la agricultura. Por eso la palabra de los “Guardianes de los días” era sagrada.

Los sacerdotes y astrónomos necesitaban resolver el movimiento del cielo. Entonces desarrollaron la llamada cuenta larga que les permitió medir mucho más tiempo y vincular el origen de la cultura maya con el tiempo de la creación del cosmos.

En esta cuenta:

Baktún equivale a 20 katunes (400 años o 144 mil días).

13 Baktunes son 5 125.3 años (1 872 mil días).

Hay estelas en Palenque, en Yaxchilán o en Cobá, donde los mayas manejan fechas de millones de millones, de millones de años, ciclos muchas veces mayores que la edad del Universo con las cifras más grandes que se han escrito jamás. Hay testimonios de fechas tan antiguas o lejanas en el pasado como millones de años antes del origen del hombre.

**2012**

**No es el fin del mundo  
sino el inicio de una nueva era**

Según la cosmogonía maya, el 23 de diciembre de 2012, al cumplirse 13 baktunes o 5 125.3 años, termina un ciclo del calendario sagrado y una era del cosmos.

Si el movimiento aparente del cielo fuera una maquinaria de reloj, esto significaría que de pronto las manecillas se pondrían otra vez en ceros, regresarían a su lugar de origen, a como estaban al comienzo del tiempo. Se trata de ciclos planetarios, y el de 13 baktunes es un ciclo en el que los planetas regresan a la misma posición en su órbita, al mismo sitio donde se encontraban cuando inició, según los mayas, la era en que vivimos, en 3114 a.C. Este acontecimiento sería para ellos una verdadera fiesta celeste, una puesta en sincronía completa. Un cumpleaños del cielo.

*Los hombres podrán ver esa noche el cielo que nuestros ancestros miraron hace 13 baktunes. La Tierra, la Luna, el Sol, Marte, Júpiter, Saturno, Venus, las constelaciones y todos los seres celestes volverán al sitio que ocuparon en el origen de los tiempos. Y no será el fin, sino el comienzo de una nueva era, cuando se repite el orden del cielo.*

*Nosotros haríamos una gran conmemoración, porque entender el cielo es un momento de gloria. Los grandes señores vestirían su traje real y con un punzón hecho con la cola de una mantarraya se harían un corte en el cuerpo para ofrecer su sangre a los dioses, labraríamos estelas, levantaríamos monumentos, el gobernante proclamaría en obras de arte que su linaje es tan sagrado y antiguo como las estrellas.*

En resumen, los mayas predijeron que el 23 de diciembre de 2012 el cielo se vería tal y como se vio en el 3114 a.C. hace 5 125.3 años, cuando se creó el Universo e inició la era en que vivimos, según su cosmogonía.

Los códices mayas son muestra de la capacidad con la que los astrónomos predecían con exactitud asombrosa los fenómenos del cielo. Por eso, el experto mexicano, Víctor Torres Roldán, dice mientras mira el Códice Dresden: “Para conocer la ubicación y el movimiento de los plane-

tas, la humanidad tuvo que esperar a Johannes Kepler, quien desarrolló las leyes del sistema planetario en 1610. Dos mil años antes, los mayas ya habían resuelto el problema sin ecuaciones y sin quebrados. Simple y sencillamente dedujeron la complejidad del sistema solar”.

Diego de Landa, misionero español en época de la Colonia, dejó testimonio de un viejo maya que podía indicarle, con una velocidad sorprendente, la posición de los planetas dentro de 300 años.

En los códices están los periodos de tiempo que manejan, se trata de promedios muy atinados sobre los procesos celestes. Están los periodos cortos, como el de la Luna de 29 días, pero también los ciclos de Venus y de Marte. También calcularon la órbita de los planetas. Sólo quienes observan el cielo durante años y a través de muchas generaciones, pueden alcanzar esos cálculos.

Observaban y llevaban la cuenta del movimiento de Venus, cuyo ciclo es de ocho años. Aparece como estrella de la mañana y como lucero de la noche cinco veces en ese lapso. Y era muy importante en la vida porque, por ejemplo, cuando Venus aparecía como estrella de la mañana, significaba que eran tiempos propicios para la guerra. Cuando terminaba su ciclo y regresaba a las Pléyades, se realizaba una gran ceremonia ritual.

Alcanzar todo este conocimiento era una manera de relacionarse con los dioses que podían traer bienestar o catástrofes a los hombres y a la naturaleza, como enfermedades, inundaciones, hambrunas o sequía. Y por eso ofrecían rituales. En el código Dresden se predicen, por ejemplo, los periodos cuando hay posibilidad de inundaciones. En una de sus ilustraciones aparece un dragón celeste de cuyas fauces cae el agua, también se aprecia una extraña diosa que vacía su cántaro sobre la Tierra.

En ese entonces no había noción de que nuestros átomos vienen de las estrellas cuyo polvo respiramos, pero sí identificaban los mayas una energía vital del Universo que habitaba en el interior de todos, y si estabas vivo era porque algo divino había dentro de ti.

*Debajo de la piel una fuerza vital nos anima, al igual que a los planetas y a todo el Universo. Por eso, para nosotros, el maíz, el Sol y el hombre son uno mismo. El cómputo del tiempo, nuestras actividades y nuestras fiestas rituales estaban relacionados con el ciclo del maíz. Y el dios del Maíz era el encargado de procurar la fertilidad y la renovación de la vida en la Tierra.*

El conocimiento del cielo también le servía al hombre para divinizar su poder. Si deseamos

entenderlo, hay que imaginarse a un gobernante a punto de asumir el trono que, con el mapa celeste en las manos, le dice a su pueblo: "Yo soy mi primer ancestro". Los sabios buscaban en el cielo qué planeta era el ancestro, y el nuevo rey decía: "Yo subo al trono en la misma fecha que él y en la presencia de este Señor que es un Señor del cielo". Así, los periodos que duraba su gobierno equivalían a los periodos de los ciclos estelares que se repiten en una posición determinada en el cielo. Ordenaban el tiempo y las secuencias dinásticas en relación a los astros y así le daban una legitimación divina a su poder.

La concepción del tiempo maya es circular, como la rueda. Así, aquello que ocurrió durante un katún, muchos años atrás, puede repetirse cuando un katún del mismo nombre aparezca de nuevo en el calendario mucho tiempo después, porque se daban las mismas condiciones y las mismas influencias divinas que en el pasado. De ahí que los mayas pudieran predecir el futuro y escribieran tantas profecías. El pasado, curiosamente, estaba por delante, iba a suceder, y el futuro por atrás, ya había ocurrido en algún momento antes. A esa concepción del tiempo se le llama: el eterno retorno.

A Guillermo Bernal, uno de los mejores epigrafistas actuales, los tableros del Templo de las Inscripciones le están contando muchas

historias; las narraciones le dicen que los ciclos katúnicos, de 20 años, estaban regidos por deidades que podían ejercer influencias benefactoras o nefastas sobre la humanidad.

*Cuando terminaba un katún, hacíamos un ritual con ofrendas a la tríada divina: el dios del Cielo, el de la Tierra y el del Inframundo, para propiciar el bienestar y el poderío de nuestro reino. Una vez hicimos una ceremonia piadosa al “Señor del Rostro de la Muerte” y Pakal dejó un mensaje en un tablero de su templo para que, ese mismo día en el futuro, el gobernante en el poder volviera a venerar y satisfacer al mismo dios de la Muerte con un ritual. Y entonces su hijo, Kan Balam, se convirtió en rey y mandó hacer un monumento al dios de la Muerte, el día que le dejó indicado su padre.*

En uno de los tableros, Guillermo encontró un relato que sucede 1 246 826 años en el pasado. Se trata del ascenso al poder de una misteriosa diosa llamada “Bestia de Nariz Cuadrada” y la fecha se relaciona con la ascensión al poder de Pakal en el año 615.

También ha encontrado historias que suceden en un futuro tan lejano como el 22 de octubre de 4772 d.C. cuando se celebrará, dentro de más de 2 500 años, un aniversario especial del día en que Pakal subió al trono de Palenque.

Si los astrónomos y sabios mayas dejaron escritas narraciones que van miles de años adelante en el futuro, la idea del fin del mundo, que según algunos intérpretes de las profecías mayas, sucedería el 23 de diciembre de 2012, resulta equivocada. Cuando festejamos el fin de año, el comienzo de un nuevo siglo o el inicio de un nuevo milenio, también nosotros hacemos fiestas, rituales contemporáneos, propósitos y celebraciones colectivas. Es decir, el fin de un ciclo y el comienzo de otro no significa el fin del mundo sino la esperanza de que podemos volver a empezar para construir un mejor futuro. Así, cada nuevo ciclo, los mayas daban gracias y pedían a los dioses favores para la renovación de la vida.

Palenque alcanzó hasta fines del siglo VIII un grandioso esplendor, nunca antes visto, en las ciencias, las artes y la cultura y logró un enorme poder militar sobre las demás ciudades. Pero un siglo después del reinado de Pakal, esta gran civilización se colapsó.

Sin embargo, los descendientes de aquellos mayas no han desaparecido, sobrevivieron al colapso, a la conquista española y a la discriminación de la que han sido víctimas los indígenas desde hace mucho tiempo. Siguen entre nosotros, en las selvas y en las montañas de Chiapas, en Campeche, Quintana Roo, Tabasco

y Yucatán y más allá de la frontera sur, en Guatemala, Belice, Honduras y El Salvador. Conservan sus lenguas, sus tradiciones, su poesía y sus historias. También miran el cielo por las noches y recuerdan a sus ancestros convertidos en estrellas.

*La noche cae sobre mi ciudad y las nubes cubren el cielo. Duerme Palenque. En el amanecer de mañana, Marte y Saturno iluminarán su cielo.*

\*Este texto es uno de los capítulos del libro *La noche de la reina roja*, publicado en 2012 por la Dirección General de Publicaciones de Conaculta en su colección Narrativa Juvenil. Las cursivas corresponden a la voz de la Reina Roja.



## Adriana Malvido

Periodista mexicana nacida en la Ciudad de México en 1957. Cursó estudios en Comunicación en la Universidad Iberoamericana. Hizo sus primeras armas en el periódico *Uno más uno* y colaboró, entre otros medios, con la revista política *Proceso*. Ha escrito tanto sobre el pasado y la cultura del país como acerca del impacto de las nuevas tecnologías en la sociedad. Es coeditora de la revista *Bookbird* de literatura infantil. Entre sus obras destacan: *La reina roja. El secreto de los mayas en Palenque* (2006); *Zapata sin bigotes, andanzas de Guillermo Arriaga el bailarín* (2003); *Por la vereda digital* (1999); *Nahui Olin, la mujer del sol* (1994); *Atlas de museos de México* (1987, con Myriam Cerda). Obtuvo el premio Jesús Galindo y Villa, del Instituto Nacional de Antropología e Historia de México (1998).



ROSA BELTRÁN

## Teoría de la adaptación

Mis padres vivieron distanciados muchos años. No obstante, la muerte de mi padre trajo una consecuencia inesperada, aunque lógica. Mi madre quiso reunirnos. Ella, que no nos toleraba más de cinco minutos al teléfono, nos citó en su casa. A los cuatro. Vino la reunión. La solidaridad exaltada. Y luego de los acuerdos sobre los arreglos de la defunción, a nuestro cargo, la promesa de algo que no esperábamos. Una herencia en vida. Lo que su padre me dejó pienso entregárselos, dijo. He llegado a la conclusión de que ahora les servirá mucho más que cuando yo me haya ido. La decisión nos sorprendió. Y nuestra reacción, siendo tan distintos unos de otros, asombrosamente fue la misma: no nos caía mal. Nada mal. Eso decidimos. Al hacer esta afirmación no hablo sólo por mí. Más allá del brillo en los ojos de mis hermanos tenía pruebas para ver que este giro inesperado sería

una tabla de salvación en el pago de la hipoteca de la casa de mi hermano Juan; que Pedro ya no tendría que preocuparse por sus negocios inmobiliarios y que Sofía podría renunciar a las continuas demandas y la vulgaridad de su amante.

Al anunciarnos su decisión, mi madre fue perentoria:

— Sólo les pido una cosa: no me lo devuelvan. Lo he pensado bien, como sólo una madre puede hacerlo en estos casos. No podrían. De intentarlo, estarían obligados a trabajar para mí y esto haría crecer su frustración. Alimentarían reproches, odios familiares y a la larga, con tal de pagar, cambiarían su vocación. El camino de sus vidas, bueno o malo, pero el que ustedes eligieron, se volvería una ruta vacilante, el ánimo se les volvería una cosa blanda, viscosa...

De pronto se detuvo, como asaltada por una idea no prevista:

— Aunque es cierto que también les quedaría la ingratitud...

Nos miró fijo. Y luego, como pensándolo mejor, añadió:

— Pero no, no creo que eso los tiente. Si la fe mueve montañas, la culpa hace que te caigan encima. El odio, el asco por ustedes mismos marcaría su existencia. Miren: no me devuelvan nada. Lo que pienso darles se los entrego de forma gratuita.

Sofía fue la primera en intervenir.

—Pero extender simplemente la mano...  
No sé, a mí me deja incómoda.

—Nada, nada —respondió mi madre y agitó una mano en el aire, como dando el encuentro por terminado. La bondad se paga de otras maneras.

Nos miramos desconcertados. Ella, al vernos, esbozó una sonrisa.

—No; no crean que estoy esperando algo. Sé cómo son estas cosas. La esencia de la proge-  
nie es la ingratitud. Qué le vamos a hacer, ése es el destino de los padres: que los hijos nos pisen, que pasen por encima de nosotros para que se perpetúe la especie...

—Madre, por favor, no digas eso —suplicó Pedro, que era el más hipócrita de los cuatro. Pero ella siguió:

—Primero, dejarán de invitarme a restaurantes, luego se olvidarán de hablar el día de mi cumpleaños, un día me abandonarán en Navidad. Es posible que hasta me regalen un perro y me dejen sola con él, a mí, que odio las mascotas...

Juan quiso decir algo pero ella levantó la palma y lo detuvo:

—Incluso considerarán que pagarme un seguro de gastos médicos es inútil.

Ninguno de nosotros había pensado en eso. Se hizo un silencio sepulcral.

Para aligerar la tensión, Pedro abrió la gaveta donde ella guardaba los licores y le sirvió un anís. A los demás nos preparó whisky con soda y a Juan, ron con Coca Cola. Pensamos que el alcohol la detendría y lo que hizo en cambio fue infundirle ánimos:

— Pero ustedes no tienen la culpa sino yo, por parirlos. Los hijos deben seguir su camino sin mirarnos. Es la ley de la vida.

Decidí intervenir con lo único que se me ocurrió:

— Sin embargo, una madre es siempre una madre — dije.

— Ése es el problema. Justamente. La abnegación. Una cualidad que como madre me caracteriza.

— Aunque tú no eres abnegada — se aventuró Pedro — y ahora que murió papá tendrás tus novios, te irás por ahí con ellos...

— ¡Por- fa-vor! No digas tonterías. Como si fuera tan fácil. Hoy las jóvenes cazafortunas están a la orden del día, acechando a los hombres de mi edad. Además: ¿quién me va a querer con cuatro hijos encima?

— ¡Pero si somos adultos! — protestó Juan que llevaba el pelo canoso atado en una cola de caballo y estaba endeudado hasta las manitas.

Mi madre miró con desprecio sus vaqueros rotos y el suéter a la espalda, de eterno galán:

— Un hijo nunca deja de ser un hijo. Lo sabrás cuando tengas los tuyos.

— ¡Pero si tengo dos!

— Sí, de tu segunda mujer. — Y recalcando la frase insistió — *De ella*.

— No veo cuál es la diferencia, la verdad...

— La diferencia es que una madre nunca deja de preocuparse.

— Podrías intentarlo — sugirió mi hermana Sofía.

— Inténtalo tú, que para eso tienes juventud. Estás en la edad de ser irresponsable.

— Madre, no quise ofenderte.

— Pues lo hiciste.

Y arremetió con furia de predicador:

— Y sobre tu decisión de no tener hijos, permíteme decirte algo. Un día dejarás de ser joven. Te quedarán los placeres de la senilidad, tristes placeres. Más tristes cuando se ha tenido una vida como la tuya. Siempre pensando en cómo comer menos, cómo llegar a una talla más pequeña... — Movié la cabeza, como tratando de deshacerse de una idea inconcebible. — Haber venido al mundo a ser talla cero... ¡Qué gran proyecto para la humanidad!

Bebió un poco más de anís y dejó la copa sobre la mesilla.

— Es una talla que tiene sus encantos... — concedió — hasta que se te deja de ver bien la ropa: las

faldas cortas, los escotes. Un día percibes la mirada burlona de los demás. Entonces te dedicas a rellenarte el cuerpo, tratando de suplir los años perdidos con algo, porque sientes ese vacío... y te das vuelta y encuentras que no tienes nada, ni siquiera un hijo para consolarte, aunque, cómo te va a consolar, si ésa no es la esencia de la progeñe, menos cuando se trata de un hijo que no has parido... —Dio un trago a su anís y suspiró —Ah. Vivir para tener a los hombres rendidos a tus pies. La seducción permanente como tema de vida...

Observó las huesudas piernas sin medias de mi hermana que terminaban en unas zapatillas doradas como de bailarina, y siguió:

—Los hombres... Sólo sus insinuaciones son un inmenso imperio en el que uno puede perderse sin remedio. ¿Qué palabras emplear para traducirlas? Necesidad de cuidados. Comprensión. Sed de compañía. Esperanza de aventura. Ansias de ternura, de solaz... No, imposible describirlo. Nos perderíamos. Son seres complicados en su expresión aunque transparentes en sus intenciones. Todo lo que desean podríamos reducirlo a una palabra: madre. Eso es lo que ven en una. Una mujer no es para los hombres más que una madre, aun para sus amantes futuros.

Hizo una pausa para dejar claro que ni siquiera nosotros, sus hijos, estábamos exentos de este sino.

— Porque ¿qué es lo primero que te pregunta un hombre apenas te conoce? — se hizo un silencio. — Exactamente. Tu edad. ¿Y lo segundo? No si estás casada, eso no es un estorbo a fin de cuentas. ¿Tu nombre? Tampoco. Ni tus aficiones, pues todo hombre cree que podrás amoldarte a las suyas, tengas las que tengas. Lo que te preguntan es si tienes hijos. Y de qué edad. Eso es lo que les preocupa. Que vayas a adjudicárselos, que ocupen el sitio que les corresponde a ellos...

— Madre, te hemos comprendido — dijo Juan, que además de impaciente, siempre fue mentiroso. No te defraudaremos.

Nos pusimos de pie, dando el asunto por zanjado. Ella rechazó el beso de Juan y dijo antes de cerrar la puerta:

— Más les vale.

Todo el día me quedé dando vueltas a la sensación de inquietud que me había dejado la reunión con mi madre y luego la olvidé. Semanas después, el comentario de Juan, que yo creí un mero recurso para terminar con aquella visita, empezó a germinar de nuevo, como un organismo que se hubiera mantenido en estado letárgico y comenzara a hendir el aguijón de la

duda. Empecé a preocuparme por mamá. Porque la amaba. O no, no lo sé. ¿Cómo saberlo? La línea divisoria entre el amor y el terror es tan tenue... Por días, estuve intentando llamarla por teléfono sin que se dignara contestarme más que a través de la grabadora. La imaginaba sentada frente al aparato, oyéndolo sonar mientras se limaba las uñas, haciéndose conjeturas: ¿Será Juan? ¿Será Sofía? ¿Serán Pedro, Alfredo? Al tiempo que se le multiplican los hijos, y era como si de pronto tuviera diez, veinte, cincuenta y ocho hijos preocupándose por su salud y su bienestar. Tras varios días de no recibir respuesta a mis mensajes pensé: se ha ido, sin avisar. Tiene con qué. Aunque me arrepentí. ¿Cómo puedo pensar así, si es mi madre? ¿Y si se hubiera puesto mala? Pero esto es imposible, concluí, nos habríamos enterado alguno de los cuatro. No la vuelvo a llamar. Que escarmiente. No acababa de tener esta idea cuando ya estaba marcando otra vez. Y nada. Luego pensé en qué le había yo hecho a mi madre para que me tratase con tanta maldad. Me sorprendió que su voz me contestara un día, como si nada, y me dijera que Juan la había invitado a comer a un restaurante extra-ordinario. No hizo otra cosa que recetarme el menú, decirme cuánto disfrutó cada plato, cuánto habían costado los vinos y la champaña, los sacrificios que eso implicaba

para Juan ya que no había recibido un peso hacía años...

— Madre — la interrumpí — te he comprado un viaje.

Yo mismo me sorprendí diciendo eso.

— Todos estos días te he buscado para dártelo.

— ¿Un viaje? Ay, lo siento. No voy a poder ir. Tu hermano Pedro me inscribió a un club, preocupado por mi salud.

— ¿Te pasa algo?

— No, preocupado por mi salud futura. Mira, un viaje es por un tiempo limitado, en cambio un club es para siempre.

La membresía tenía como condición que comenzara a asistir de inmediato.

— ¡Imagínate! Me regalan un par de gorros de natación y una maleta para que guarde allí mis cosas.

— Y cuando merme tu salud ¿qué harás?  
— le eché en cara.

— ¿Qué quieres decir.

Me arrepentí enseguida.

— No estoy queriendo decir más que aparte de la salud debes pensar también en la relajación. Un viaje a Miami a un SPA, frente al mar...

— ¿A Miami?

— Pues a dónde creías — reí.

Quien diga que me impulsaba mi proyecto de hacer cine y comprarme la casa de campo donde podría escribir a mis anchas, miente. La preocupación por mi madre en mí era auténtica. Nunca dejé de ver por ella, ni de invitarla a comer ocasionalmente aunque siempre detesté sus formas de manipulación. Pero ¿era manipulación? ¿Acudir al chantaje para procurar la atención de esos hijos que hasta hace poco parecía detestar? Tal vez se sentía sola, tras la muerte de mi padre. El afecto humano es así. Nos basta con que la pareja esté en otra habitación, incluso en otro país, para cumplir con la necesidad fisiológica de afecto para nuestra subsistencia. A veces, nos basta con que esté en nuestra mente. A mayor distancia, crece el amor. Demasiado cerca es dañino. No podemos verlo, siquiera. Pero la necesidad de compañía se sacia mientras tengamos la certeza de que el ser amado existe y nos retribuye. Algún poeta lo dijo: "La soledad es el fondo último de la condición humana. El hombre es el único ser que se siente solo y el único que es búsqueda de otro". En mi experiencia esta afirmación, absolutamente convincente, es falsa. Basta con observar la reacción de otras especies cuando se las fuerza a vivir en soledad: mueren. ¿Alguien ha visto la profunda tristeza de un perro solitario? ¿De un pez? Los pollos y los monos, solos,

sobreviven pocos días. Pero los perros y los peces no leen poemas. A mi madre le bastaba con que mi padre existiera, odiándolo a distancia para tener su necesidad vital satisfecha. Ahora que mi padre no estaba, en cambio, luego de años de vivir sola y feliz parecía requerir nuestra compañía inminente. Nos quería cerca.

—¿Sabes qué me ha dicho tu hermana?

—me preguntó cuando la llamé para saber cómo estaba.

—Qué.

—Espera, tengo el teléfono en “hold”; Pedro me está llamando por la otra línea.

La odiaba, sí, pero sólo en proporción directa al odio que empecé a sentir por mis hermanos. En su reciente preocupación no mostraban un interés tan puro como el mío. Pensaba en cada uno de ellos solícito, atento a los caprichos de aquella de quien habían decidido huir en cuanto pudieron y a quien ahora procuraban como si se tratara de una valiosa especie en vías de extinción. Mi madre nunca habló de cantidad en el reparto de la herencia. De hecho, no sabíamos a cuánto ascendía el monto ni cuánto nos tocaría a cada uno. Tampoco, desde el día en que lo anunció, había vuelto a mencionar el tema. Pero la sombra de esta promesa pendía sobre los cuatro, aunque no lo dejáramos ver.

—Pues me dijo que está esperando un hijo —me espetó en cuanto volvió a tomar mi llamada.

—¿Un hijo? ¡¿De quién?! —brinqué, sorprendido.

—¿Y qué importancia tiene eso? Va a ser madre. ¿Entiendes? Madre... —y aquí se solazó pronunciando esa palabra como si se tratara de un postre exquisito.

—El ser más grande de la creación —me oí decir.

—Sí, algo que ni tú ni tus hermanos podrán entender jamás —me restregó. Sólo que hay algo extraño en esto, ¿sabes?

—¿Ah sí? —me regodeé— ¿qué?

—Pues que ha decidido regalarme un collar de perlas, a mí, por ser la abuela.

—Ah.

—Tu padre siempre me dio una alhaja cuando ustedes nacieron. Una joya por cada hijo.

—Es que éramos un regalo para la humanidad —bromeé.

—Pero un regalo que *yo* le di —aclaró— y eso es lo que él supo reconocer. La capacidad de hacerlo padre, que pudo realizar gracias a mí. Ahora es tu hermana quien me lo agradece, pues sin mí, ella no existiría.

Por algún tiempo, esta dinámica continuó. Podría decir que a partir del deceso de

mi padre no hubo oportunidad en que no estuviera acompañada por cada uno de nosotros, y en todas ellas hubo una constante: jamás la vi satisfecha. Si yo le regalaba un collar el día de su cumpleaños (reconozco la falta de imaginación) ella decía, mientras analizaba las perlas dándoles la vuelta y hundiendo la uña:

—Es bonito, sí.

—Mira el broche —la animaba yo—, es plata engarzada mediante un trabajo muy fino en este ganchito, ¿ves?

—Sí —respondía sin demasiado entusiasmo— pero el que me dio Sofía es de perlas naturales...

Lo mismo dijo Pedro que había comentado sobre el viaje pagado a crédito en que él la llevó “a tomar un café a París”, como me confesó un día.

—Imagínate —se lamentó aquella vez— ¡Lo único que se le ocurrió decirme fue que el avión en que viajó por invitación de Juan a Puerto Vallarta era más grande!

—Oye, Pedro. ¿A ti te ha dicho algo mamá? —lo enfrenté, de plano.

—¿Algo? No, qué va.

—¿Y no le habrá dicho a Juan algo que tú y yo no sabemos?

—Lo he pensado también. Pero no, yo creo que Juan paga todo con los programas de computación que vende.

Por años, este fue nuestro pan de cada día. Entre tanto, Juan vino con la noticia de que había conseguido un puesto fijo de programador en una empresa. Por meses, mi madre no tuvo ojos más que para él. Le había comprado un sillón especial, dijo, y le estaba remodelando la casa con su primer sueldo. Al año siguiente, Sofía terminó la especialidad de enfermería que hizo a mi madre sentirse feliz y llegó un día con la noticia de que dos de sus solicitudes fueron admitidas en un par de clínicas, según ella, de mucho prestigio, aunque nosotros sabíamos que eran de mala muerte.

—Elige sólo la que te convenga más —dijo mi madre en aquella ocasión, mirándonos con desdén a nosotros— tú date tu lugar; como una reina...

—Oigan, ¿no le habrá dicho mamá a Sofía...?

Como si hubiera podido oírnos, mamá gritó desde su sillón en la sala mientras nos servíamos un whisky:

—No se preocupen, muy pronto ustedes también van a tener su recompensa...

Y añadió, enigmática: a quien estudia y trabaja, siempre acaba yéndole bien en la vida.

Al primer año, siguió el segundo y a éste, unos cuantos lustros. A los días siguieron meses, y a los meses, muchos años. Pedro pudo co-

locar unas cuantas ventas en el negocio de los bienes raíces, el único en que no tenía que hacer más que estirar la mano, y yo seguí con mi cargo académico, que mal que bien me permitía viajar, llevando a mi madre conmigo y dándole algunos gustos. La dinámica del amor filial siguió así, sacándola éste y pagando ese capricho aquél, llevándola y recogiénola la otra... Mi hermana no tuvo ningún hijo. Tal vez fue un embarazo psicológico o perdió el producto, nunca lo supe. Pudo también tratarse de un engaño. Pero mi madre pareció no reparar en este hecho. Simplemente se dejó conducir, como un carrito de súper que va recogiendo bienes de gaveta en gaveta. Como es natural, envejeció. Y con la vejez, cambiaron sus necesidades. En vez de las salidas a restaurantes fue prefiriendo comer algo preparado por nosotros y un día decidió que tendríamos que repartir nuestro afecto por días, de modo que cada uno le acondicionó una recámara exclusivamente para ella en nuestras casas. Dos días a la semana lo pasaba con un hijo distinto. Fue una época de competencia atroz en la que nos costó, a quienes las teníamos, retener a nuestras parejas y no obstante no tocamos el tema de la herencia. La vimos enflaquecer al ritmo en que perdía su ímpetu guerrero. Hoy, reducida a su mínima expresión, mi madre reina desde el sillón oreje-

---

Para leer de boleto en el Metro 2  
ro que tiene en cada una de nuestras casas, un trono que parece quedarle demasiado grande.

— Han sido tan buenos hijos — nos dice — los cuatro... Es logro mío, pero no duden, tendrán su recompensa.

Cierta vez, jugando, alguno se atrevió a preguntar en medio de una cena:

— Oye mamá, ¿qué te dejó mi padre? Díenos la verdad.

— ¿Tu padre? — preguntó, como si no recordara de quién le estábamos hablando. En otra oportunidad en que alguien lanzó una indirecta, ella respondió:

— ¿Y qué me iba a dejar, si nunca tuvo nada?

La ocasión en que más cerca creímos estar de descubrirlo fue un día en que al tratar de bajarla del coche ella rechazó toda ayuda y entre pujidos dijo:

— Déjame, yo puedo sola. Si algo me dejó tu padre fue valerme de mis propios recursos...

## Rosa Beltrán

Escritora y periodista. Traductora y catedrática en la Universidad Nacional Autónoma de México, donde estudió Letras Hispánicas. Se licenció y doctoró en Literatura Comparada en la Universidad de California. Ha publicado varios relatos y fue la subdirectora de *La Jornada Semanal*. Beltrán tiene obras de ficción traducidas al inglés, italiano, y holandés. En 1994 fue honrada por la American Association of University Women por talento literario y la calidad de su obra crítica sobre las escritoras femeninas del Siglo XX. Ganó el premio Florence Fishbaum por su ensayo “América sin americanismos” y el Premio Internacional de Novela Planeta/Joaquín Mortiz en 1995 por su novela *La corte de los ilusos*. Algunas de sus obras son: *La Espera* (1986), *Amores que matan* (1996), *América sin americanismos* (1997), *El paraíso que fuimos* (2002), *Alta infidelidad* (2006) y *Cambios cosméticos* (2006).

**Para leer de boleto en el Metro 2  
(Segunda temporada)**

Se terminó de imprimir en el mes  
de diciembre de 2014 en la Ciudad de México.

Se ocupó papel Diario de 45 grs.  
Las tipografías utilizadas fueron Book Antiqua 13 puntos  
y Times New Roman 12 puntos.

El tiraje fue de 250 mil ejemplares.